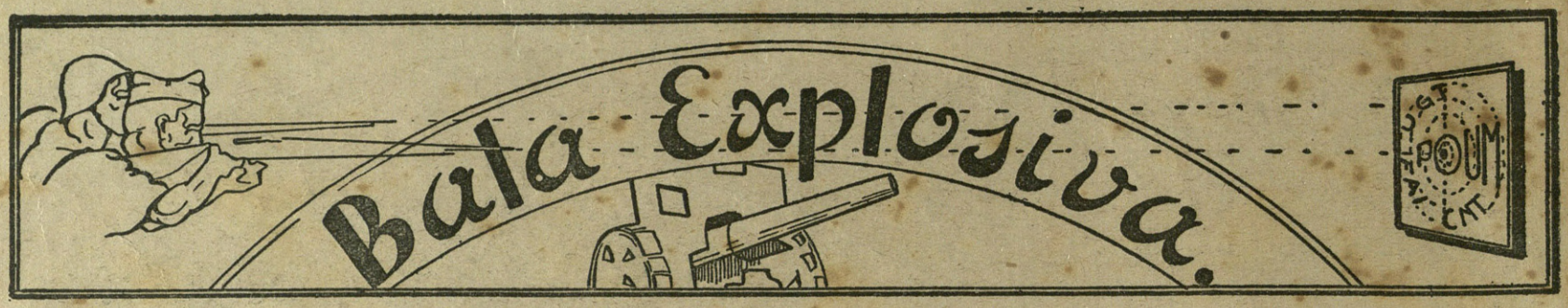
FOTOS

ESPAÑA ENTRA EN Durango

Año - 1
Nº - 10

Semanario gráfico de reportajes

1 Mayo 1937



LAS VAQUERIAS "MODELO"

EL Ayuntamiento de Madrid es también en cuanto a veracidad... ¿Cómo se lo diremos a ustedes? Es un perfecto modelo de emisora roja. ¡Ya está! Porque verán ustedes.

Cuando el ejército nacional era ya dueño de toda la Casa de Campo y la Unión Radio seguía diciendo que se combatía en el frente de Talavera el Municipio madrileño se creyó obligado a colaborar en el optimismo oficial y en una solemne sesión que mereció el honor de ser radiada el alcalde don Pedro Rico que aún era honorario--propuso a los ediles que fuese votado un crédito de cuatrocientas mil pesetas para la construcción de unas vaquería modelo en la Casa de Campo.

Naturalmente que el argumento para el optimismo ciudadano no podía tener mas fuerza.

Pero ¿qué dicen ustedes? ¿que los facciosos están en la Casa de Campo? No sean ustedes idiotas. ¡Ahí va eso para demostrar que aún no han pasado de Talavera! Cuatrocientas mil pesetas para unas vaquerías en lo más alto de la Casa de Campo. O es que creen ustedes que somos tan primos que vamos a convertir ese dinero en jugo lácteo para uso del Tercio y de los Regulares. Y don Pedro Rico compuso un magnífico discurso en defensa de la propuesta que era todo un canto a las vacas de Holanda, a las ubres y una furísima censura a todas las mezclas impuras con perdón para la sabrosísima agua del Lozoya.

"Esas vaquerías modelo serán un nuevo orgullo para Madrid y un ornato más para la Casa de Campo abierta al disfrute del pueblo. Aprobado hoy el presupuesto para su construcción mañana mismo pueden comenzar las obras y dentro de tres meses procederemos solemnemente a su inauguración oficial

Y en tal panegírico se encontraba el famoso don Pedro cuando entró en el salón el concejal socialista Rafael Henche al cual no había podido preparar don Pedro para que fuera un espectador más de la comedia. El socialista Henche llegaba precisamente de inquirir el paradero de un hijo miliciano que se suponía que eran de los que habían quedado bajo los pinos de la Casa de Campo y el hombre estaba de una clase de humor como para que le andaran con vaquerías modelo. Se sentó en su escaño y preguntó al camarada más próximo:

—¿De qué habla el alcalde?

—De unas vaquerías modelo que vamos a hacer en la Casa de Campo.

Henche dió un salto.

—¿En la Casa de Campo?

Y levantándose gritó como un energúmeno:

—¡¡Pido la palabra!!

El también edil socialista por aquel entonces, Cayetano Redondo se dió inmediatamente cuenta de la tragedia que estaba a punto de cernirse sobre el micrófono puesto al servicio del optimismo, cruzó el salón y se fué junto a Henche al que habló al oído. Henche compuso un gesto que era la mismísima sorpresa multiplicada por X. Y en este momento el alcalde que había terminado su discurso, dijo así:

—El camarada Henche tiene la palabra.

Henche se levantó desorientado, sin saber por donde empezar ni que decir. Y después de una angustiosa pausa irguió la cabeza y soltó:

—Nada, señor alcalde. Que todo eso es..

Y se hundió de nuevo en el escaño después de desairar olímpicamente al sabroso así como también alimenticio producto debido a las ubres de todas las vacas que en el mundo han sido

YO SOY RODRIGUEZ.

El Teatro Muñoz Seca de Madrid, como otros coliseos de la capital del país, están hoy al servicio del soviet y su repertorio se compone exclusivamente de obras de esas que se les ha dado en llamar Teatro del Pueblo.

Este Teatro del Pueblo se compone en su totalidad de dramones de autores desconocidos con un sólo tema a desarrollar: el triunfo de la Revolución del proletariado y de paso matar el mayor número posible de curas y Jesuítas. Esto es lo que gusta preferentemente a las hordas homicidas que aún se pasean por Madrid. Hasta tal punto que por el mismo evadido que conocemos la presente anécdota sabemós que el actual empresario del Teatro Fuencarral le llevó para su lectura, uno de esos autores noveles, hijos del pueblo, un melodrama social en el que muere asesinado por las turbas el cura del pueblo.. Y el empresario le argumentó así al autor:

—Está bien. El asesinato del sacerdote es muy teatral. Pero oiga usted, esa ama del cura que no hace más que rezar el rosario cuando a él lo están fusilando... ¿No podríamos hacer para que se le cortara también el cuello a ella? La obra ganaría bastante literariamente.

Ya con este antecedente vamos a la anécdota del Teatro Muñoz Seca.

Se estaba representando en él una obrita titulada: "Justicia popular" en la que son víctimas de las iras del pueblo un médico "faccioso" que se dedica al entretenido deporte de "envenenar" a los trabajadores y un obispo que lo protege.

La sdos víctimas se ganan desde la primera escena las "simpatías" del pueblo especialmente el Obispo cuyas palabras son subrayadas desde las butacas con toda clase de improperios, naranjas y alguna que otra alpargata ya en mal uso, de tal manera que el Obispo da muestras de temer más a los espectadores que a los honrados proletarios que lo van a asesinar en mitad de la escena.

—¡Canalla!

—¡Traidor!

¡Mátalo ya!

—¡Si no lo pinchas subimos nosotros!

Y estaban en una de las escenas culminantes de la obra, un diálogo entre el Obispo y el médico, interrumpido continuamente por los más abyectos insultos del auditorio:

El Obispo: —Yo creo doctor que ese arsénico debe usted darlo en más pequeñas dósis con objeto de que los pacientes vayan muriendo lentamente y poder conseguir que comulguen y confiesen.

Uno del público: —¡Granuja!

El médico:—Y mientras ir ganando la voluntad del enfermo.

El Obispo:—Para llevarlo a que pida confesión.

Otro del público:—¡Asesino!

El médico:—Y con ello iremos eliminando enemigos.

El Obispo:—Y ganando almas para el Purgatorio.

Y en esto ¡zas! de un palco le tiran una libreta de pan al Obispo que le pasa rozando el cráneo.

Ensordecedora ovación en el público. Y lluvia general de objetos sobre las tablas. Una miliciana avanza por el pasillo de butacas llevando a un rorró de pecho en alto y hace ademán de lanzarle el chico, como un proyectil, al Prelado. Un camarada coje al chico en el aire.

El Obispo, pálido, desencajado, avanza hacia las candilejas, indicando al público que se calle un instante porque tiene necesidad de hablar.

—¡Chisss!... ¡Chisss!...

Y se hace un silencio augusto.

El Obispo, se quita entonces la peluca y tartamudeando logra decir:

—Respetable público y... queridos camaradas: Que... que yo soy Rodríguez.

División de opiniones.

Rodríguez se vuelve a poner la peluca y continúa el parlamento mirando de reojo hacia los palcos:

El médico: —Pues sí, Ilustrísimo señor. Nosotros tenemos la ciencia. Nosotros venceremos.

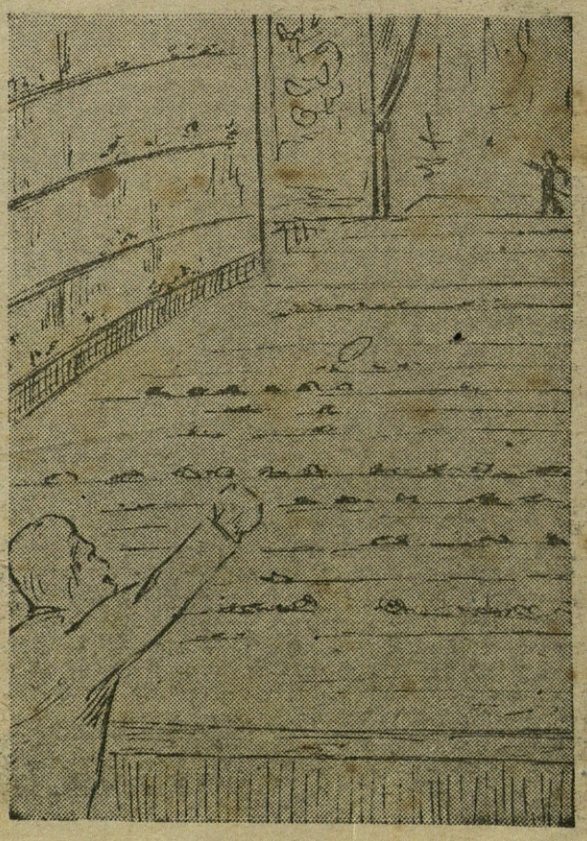
Uno del público: ¡Que te crees tú eso!

El médico volviéndose rápido hacia el interruptor, y desde detrás de una mesa: ¡Yo no me creo eso, camarada!

Ovación delirante.

El autor sale a saludar a los medios.

El agente de guardia aplaude frenéticamente desde su butaca de orquesta.



EL OCHANDIANO, una mujer removió

EL libro de actas aparecía abierto...
Señalaba en el folio 182, unas indicaciones y con ellas unos papeles agrupados.

El resto de aquella habitación seguía en el completo desorden que comenzara el domingo.

Mesas derrumbadas, sillas partidas, cajones y armarios abiertos violentamente.

Libros y objetos en el suelo y sobre las mesas y los montones de cosas destruídas.

La casa por fuera no indicaba nada. Parecía que el horror de la guerra había querido respetar aquella casa, frente al Ayuntamiento y casi esquina a la Plaza de Ochandiano.

¿De quién era? Ni lo pregunté, ni creo que nos importa.

Por eso el terror, que había dentro de ella, hablaba paralelamente con el terror que en sus caras a la calle, tenían sus hermanas: las casas vecinas...

Terror pintado en aquellas como ojos desorbitados, grandes, que los cañonazos habían ido abriendo poco a poco en sus fachadas.

Yo vloví a mirar el libro de actas.

Por el folio 182. Y al encontrarme con que aparecía arrancada la hoja correspondiente al folio 183, mi curiosidad trocose en sorpresa al no verla. Revolví aquellos papeles que aparecían junto con las indicaciones.

Encontré cartas con sobres rotos después de escritos. Quizá alguien ya en las prisas por la llegada de nuestras tropas, arrepentido volvió a recoger lo que había escrito.

Pero no se dejaron todo y dejaron algo.

Algo, que al irlo conociendo yo después, a veces me daba espanto, otras pena y muchas —quizás las más— compasión.

De ese algo, una parte más interesante, fué las hojas del folio 183; luego un correspondiente certificado de defunción, una copia de una carta del Juez de Ochandiano y otra que lleva un pie que dice: "Milicias comunistas".

Todo ello se refiere a un solo nombre. Y todo ello tiene entre sí una relación tan íntima y extraña, que yo al ir leyendo aquellos papeles, me resolví a poner de mi parte todo para lograr aclarar aquella historia que parecía desprenderse de la lectura y vista de aquellos papeles.

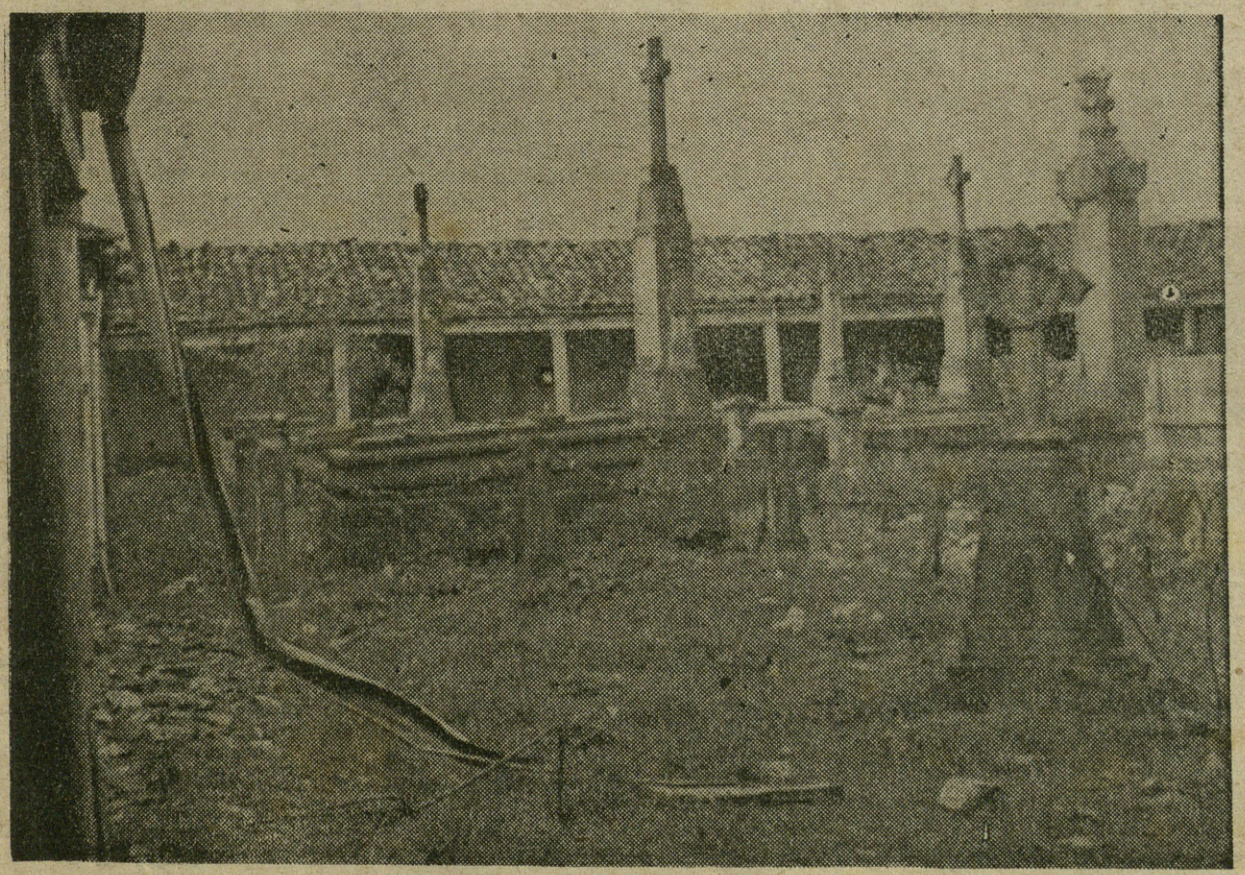
Aparté los que no tenían relación con los que yo creía ver unidos misteriosa y trágicamente, y comencé mi labor.

AQUEL CERTIFICADO DE DEFUNCION

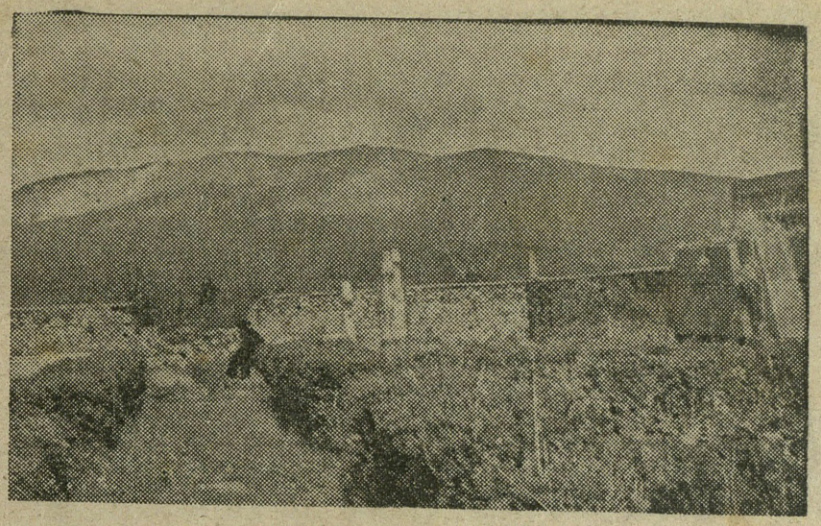
Aquella certificación en principio, solo se pudo hacer, deduciendo por la chapa que llevaba la sepultura, el cuerpo de un hombre. Esto aparecía escrito a pluma: 13.807, número de chapa.

Y después en la línea siguiente a lápiz pusieron —quizás con la misma letra— esto otro:

"Julián Rivero Peón, Goya. 2. Bilbao."



El patio central del cementerio de Ochandiano



Vista exterior del cementerio de Ochandiano

Es decir que en un principio se certificó una defunción de un miliciano muerto en acción de guerra, pero ignorando su nombre, y sólo se certificó la defunción correspondiente a la chapa número 13.807. Es después, al cabo de un tiempo, cuando el número de la chapa es simultaneado para su identidad con el nombre de Julián Rivero Peón.

Pero con el certificado de defunción aparece doblado éste, una copia de carta del Juez de Ochandiano a una tal doña María Milagros Blanco, de Portugalete.

En ella, también consta como referencia el nombre de Julián Rivero Peón.

La copia dice así:

"Adjunto tengo el honor de remitir a usted el certificado de defunción del miliciano don Julián Rivero Peón, que en un escrito de fecha 28 del actual, interesa

Como observará usted por él, el cadáver de referencia se halla inhumado en el cementerio en esta villa de Ochandiano.

Viva usted muchos años.

Ochandiano, 30 de marzo de 1937.

EL JUEZ".

y al pie de ella:

Señora doña María Milagros Blanco, Puepen, 21. Portugalete.

Y yo pienso entonces en el calvario y en la duda de si el cadáver es precisamente el que un señor solicitaba. Pero no me da pena y compasión y yo por eso pienso seguir hasta donde pudiera, el curso de lo que los papeles me irán indicando.

LA CARTA DE UN MILICIANO

Rota la carta o sin terminar esta otra, en la que con el sello de las Milicias Comunistas, del Batallón de Perezagua, de Bilbao, alguien colocó entre estos papeles precisamente. ¿Tendrá relación íntima con la anterior? ¿Se referirá absoluta y totalmente al mismo personaje? Yo no lo sé. Pienso solo en la compasión que me produce, esa mujer, novia o esposa de Julián Rivero, que angustiosamente no se sabe aún si la chapa número 13.807 es la correspondiente a él, o si era él mismo quien la llevaba al morir, colocada en la muñeca.

Esta carta rota, o sin poder terminarla dice así:

"Estimado camarada: Antes de salir de aquí, te diré que por haberse roto la muñequera de identidad, un camarada nuestro, le dió a tu compañero otra mientras le cambiaban la correa y ponían el número suyo.

Hoy en el Juzgado al bajar a declarar, por la muerte de un camarada en el monte, he oído hablar de lo nuestro".

Esta carta no parece que es copia. Casi seguro que es el original.

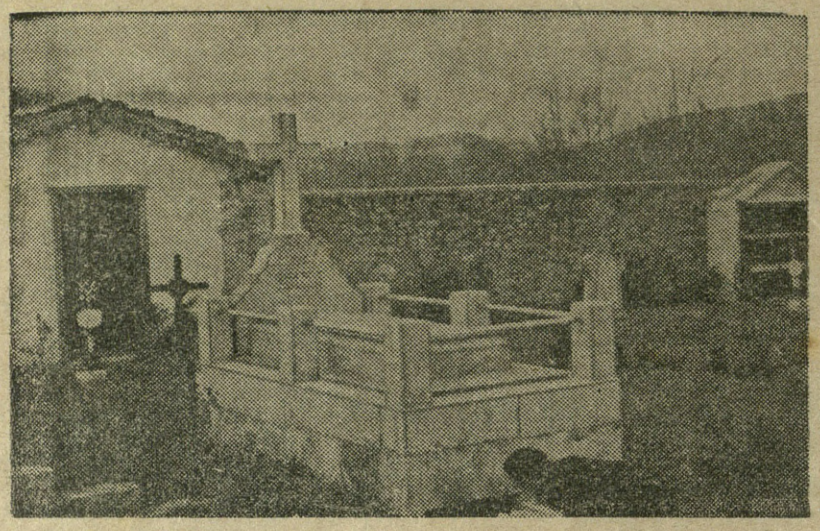
Pero desgraciadamente no aparece terminada o no pudo ser terminada, o se terminó y se extravió en el desorden de la fuga, o no sé...

Lo cierto es que la carta aparece también entre estos papeles.

Ese mismo día, lunes, 6 de abril, hablaba yo con los únicos vecinos que quedaron en Ochandiano.

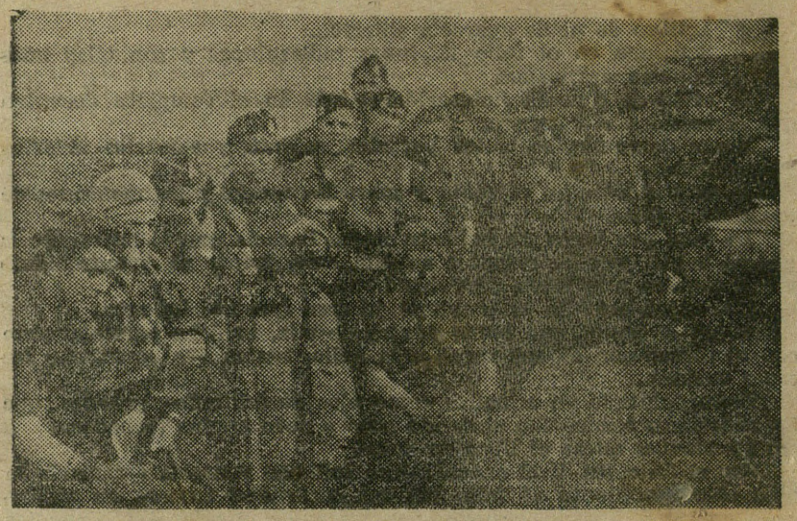
Entre las cosas que me contaron, uno de ellos me habló, de lo que ocurría los últimos días allí antes de la entrada de las tropas.

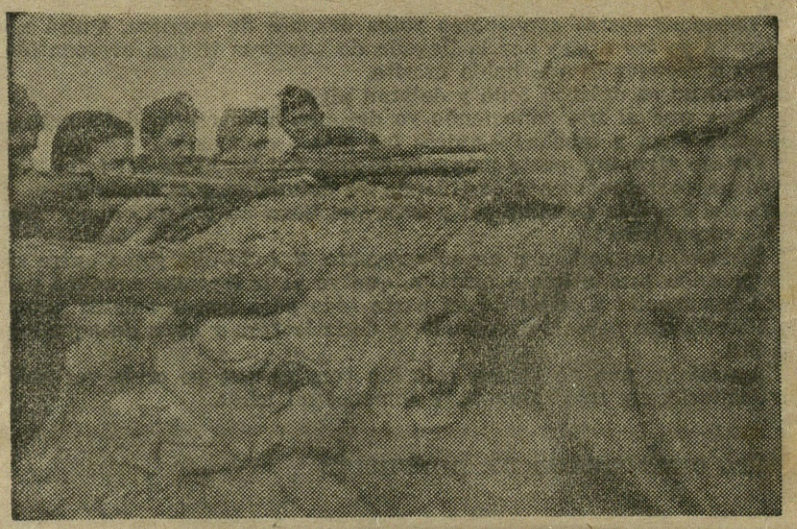
Y como la relación que guardaba entre sí estas cartas y papeles y una parte de esta conversación, yo entrelacé todo, como si hubiera sido un testigo presencial de estas notas tristes, pero que positivamente se han producido y se están produciendo.



Nuestro colaborador Juan de Begoña, buscando un cadáver en el cementerio de Ochandiano

La tierra del Cementerio buscando un cadaver...





Una trinchera y un alto en la lucha, de las tropas de España

BUSCANDO UN CADAVER EN EL CEMENTERIO.

Un día, serían los últimos de Marzo o primeros de abril, se presentó en Ochandiano una señora vestida de luto, joven y al parecer de la clase media, que en la Plaza de Ochandiano preguntó a estas gentes:

—¿Dónde está el Cementerio?

Se lo indicaron, claro es. Y por la tarde vieron cómo regresaba aquella mujer y penetraba en el Ayuntamiento.

Los aldeanos decían, que pretendió desenterrar algunos cuerpos enterrados hacía tiempo ya, y en los que ella buscaba a su marido.

El alcalde o el juez no autorizó la exhumación de cadáveres; bien por no creerlo oportuno, o bien por parecerle aquella mujer tan dolorosamente aflijida por la pérdida de lo que ella buscaba con ansias de muerte.

Pero aquella noche, la mujer aquella, cruzó la plaza varias veces.

Ya por fin se decidieron a acercarse a ella, y vieron que sus vestidos estaban manchados y las manos las tenía llenas de tierra.

La mujer aquella solo repetía en la noche clara y triste de su dolor:

"No lo encuentro, no lo encuentro"...

A la mañana siguiente, la tierra del camposanto de Ochandiano —en algunas tumbas que sólo tenían placas con los números correspondientes aparecía removida. Como si alguien se hubiese entretenido en sacar tierra y quizás lo que ella tapara.

—o—

Yo fuí ese día, lunes, al cementerio. La tierra húmeda parecía decir que alguien caprichosamente, hacía poco la trasladó de un sitio para otro haciendo montones desiguales...

De la mujer aquella, el que me contó ésto, solo me pudo decir que parecía loca, y que la llevaron entre varios en un coche a Bilbao...

Sin identificación ¡Con qué tristeza se oyen estas palabras! ¡Qué pobre gente ésta que a causa de una mala dirección, engañados por más de cuatro criminales, han caído en lo peor que podían caer y que por defender una causa nefasta que a lo mejor no sienten, van buscando la muerte para quedar en el campo abandonados, esperando que la caridad cristiana de los hombres de España, hombres con Dios y Patria, recojan sus cadáveres para enterrarlos en tierra bendita donde no les faltarán las oraciones de las personas piadosas que pedirán por ellos a Dios, con el mismo fervor que pudiera hacerlo una madre.

No fueron en el mundo más que eso. Una cosa. De ahí no pasaron y junto al número 13.807 irán también otros muchos.

La plaza de Ochandiano, animada de público, libre de las hordas fuso-separatistas, conquistada para España.

Qué triste espectáculo este que presenciamos en este frente vizcaíno. Cuanto desgraciado ha quedado insepulto hasta que nuestros soldados los recogieron. Y entretanto asusta pensar cómo esos dirigentes sin conciencia porque tampoco tuvieron Patria, continuaron bien acomodados empujando a los que tuvimos el infortunio de creerles.

En mi carnet de notas llevo apuntados los números de otros muchísimos certificados parecidos al que he descrito.

¡Y pensar que a lo mejor muchos de ellos nacieron de madres cristianas y que crecieron al amparo de la Religión y de la Patria para llegar a morir siendo eso, un número, uno de tantos...!

Si los que lanzaron a la lucha a estos infelices para quienes en estos momentos no cabe más que la compasión tuvieran un poco de conciencia, morirían espantados de su obra, pero no se arrepentirán. Por el contrario lanzarán a otras víctimas más por el camino de la desdicha y de la destrucción, por la ruta infortunada de los que tienen que morir sin Dios y sin Patria.

Pero para ellos habrá su castigo. No hay duda. No puede ser que sigan viviendo sin que la justicia humana les imponga su merecido. Más tarde tendrán que rendir sus cuentas al Dios de las Alturas...

Castigo en esta vida y en la otra.

Compadezcamos a los que así mueren sin que le falte una oración por su alma, que los que como nosotros son cristianos, creen en un Dios y tienen una Patria a la que quieren hacerla grande, no puede caber en ellos el odio, sino el amor.

Y después de decidirme a escribir este reportaje, he venido a sacar la conclusión de que muchos como el número 13.807, serán en realidad los que puedan poner en claro su real identificación...

Mientras podrá existir, con dolor de madres, hermanas, novias o amor y dolor de esposas, muchas, que como esta triste mujer de Bilbao llegó un día de abril a Ochandiano a remover la tierra del Cementerio...

Juan de BEGOÑA

Cascos de acero, fusiles al hombro, ideales en los corazones: ahí va España.

Prisioneros

¿RECUERDAS AQUEL EPISODIO?

Al caminar por la calle de la Senda, de Vitoria, me dice mi camarada:

—No parece que vamos a ver prisioneros.

—Es verdad.

La calle es un paseo de grandes árboles que podan los jardineros con esa calma que otorga el buen oficio de cuidar flores y ella da a otra pulcra, casi atildada, con palacetes que hasta nos parecen lindos, porque llegamos del campo.

—Calle de Iradier. Aquí es.

—¿Quién era Iradier?

Y uno que lo sabe casi todo, nos explica:

—Puede ser aquel explorador de tierras africanas que, ahíto de su norte, salió a rendir por las buenas reyezuelos del Muni; o aquel músico zumbón, amable y adorador de los dulces escotes del Imperio, en París, que enseñó a cantar sabrosos danzones tropicales a una juventud que pasó demasiado pronto o aquel otro que agrupó a los niños en una milicia importada de Londres. Los tres eran de aquí.

—Este es el convento.

—Este es.

Un convento inmenso, de Carmelitas, en el que los hábitos ásperos se han recluído en algún pabellón aislado para hacer la caridad de que su casa sea cobijo y guarda de los hombres de Aguirre. Todo un austero bienestar es el aire que le inunda y las firmes paredes desnudas. Cárcel sin rejas prisión sin castigos; caserón sujeto a la vigilancia amable de los milicianos de Vitoria, hombres de carrera y oficio que dan a la Patria su esfuerzo, en la edad en que otros se limitan a comentar sobre mesas de cafés y casinos, quizá "tomando el pelo" a estos hombres que yo admiro muy sinceramente.

Al entrar, Campúa me retiene del brazo:

—¿Recuerdas aquel episodio?

Sé a cuál se refiere. Allí se hicieron algunos prisioneros, como éstos, como los que vamos a ver.

—¿Te acuerdas?

—Fué... La artillería era batida de cerca y pronto el oficial situó el sitio. Unas centurias estaban detrás de las piezas. Entonces — ¿lo recordáis? entonces se hacía la guerra casi por intuición— los siete lanzaron sus rompedoras a la casita casi de juguete, tan cuidada en su aspecto exterior, como aquellas que muchos adoraban en invierno para vivirlas en verano. Pronto volaron las piedras y desde allí, cesó el fuego. El oficial señaló:

—Tú, ese, vosotros, id a ver quiénes eran.

Y un muchacho se adelantó.

—¿Me dejáis ir?

—Ya van estos.

—Y yo.

—¿Por qué quieres ir?

—Porque en esa casa dejé a mi madre al incorporarme a mis camaradas.

Un gesto le señaló la ruta. Y trajeron unos prisioneros, de aquel jardín cavado por la furia del cañón.

Como estos que están en la huerta cuidada, de los frailes de Vitoria.

LOS HOMBRES DE AGUIRRE

Bajan. De dos en dos, encuadrados por un miliciano chiquitín que empuña, nervioso, el fusil y les mira sin pestañear. Abajo, un soldado aguarda y vigila.

Yo no sé... Es posible que estos hombres sean como dicen; pero la guerra el hambre, el miedo, ha impreso sus huellas en los rostros y les dan torva apariencia. Alguno, en sus facciones desvaídas, marca las taras dibujadas por teóricos penalistas. No perciben el encanto del aire, del arbolito que florece a su vera. Fuman y fuman el tabaco que les damos.

—¿Qué edad tiene usted?

—Diecinueve años.

Es un chicazo de cráneo apepinado con una barbita que se le desliza a lo largo de la mandíbula.

—¿Y usted?

—Cuarenta.

El pelo le clarea desde las orejotas y los dientes le impiden cerrar la boca.

Guardan silencio y uno dice:

—¡Bueno!

Hablamos por hablar.

—¿Comíais bien?

—No. Carne ya no hay más que de burro. Es muy colorada...

—Da un poco de acso; ¡qué remedio!

Aquel señala:

—Yo soy requeté.

—Ya...

—Me debe creer. Allí no se puede ser lo que se es.

Nos acercamos.

—Yo, le digo, he estado allí.

—Entonces usted sabe lo que pasa.

—¿Le cogieron prisionero?

—Me entregué. Sólo he estado cinco días en el frente.

Y el eterno cuento que muchas veces suena a verdad y otras es mentira.

El miliciano les junta.

Están en la paz de España, en uno de los rincones apacibles de la provincial leal y heroica, a pocos kilómetros del infierno y a larga distancia de él. La guerra parece no haberse asomado nunca a esta calle de la Sanda, al buen convento Carmelita en cuyas celdas esperan los que se batieron por Rusia y sus dioses de carne.

—¡Si supieran esto!

—¿Qué?

—Lo que pasa entre vosotros.

—¿No lo presienten?

—No es posible creerlo. Bilbao está tan hambriento, tan desorganizado...

—Si volvieras ¿lo dirías?

—No podría decirlo.

El miliciano da un grito.

—¡Izquierda!

—¿Me da usted otro cigarro? Después de cenar sabe bien.

—Al otro lado ¿cenabas?

—¡Claro! pero la cosa es cenar.

—Entendido.

Marcan el paso, cuidan no pisar los bordes de la hierba. Uno, hasta se lleva una ramita.

—Parecen otros, comentamos.

—Sí; pero son los mismos que tiran bombas de mano y cavan trincheras.

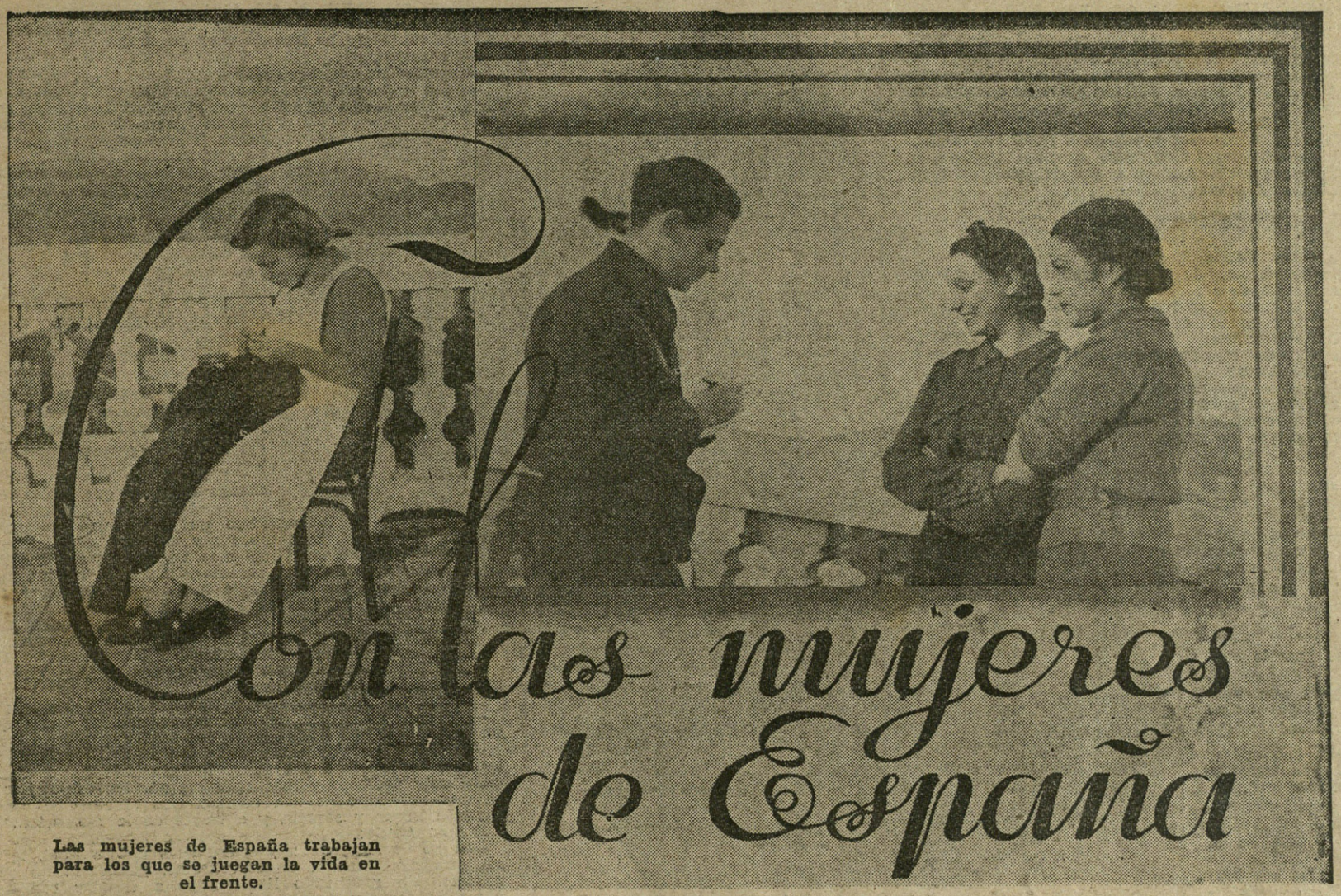
¡¡Qué tiene esta guerra, Señor, para que esos se volvieran contra España!

Esta guerra tiene mucho de engaño para los unos y mucho de Fe para los otros. Los engañados son esos que precisamente fueron a luchar contra España. Porque no puede concebirse que nadie luche contra España más que estando engañados por gentes sin conciencia.

Esos prisioneros que hoy se encuentran en nuestro poder y que nos hablan de lo mal que lo pasaban en el otro lado, quizás si volvieran a verse libres irían otra vez a luchar contra nosotros, que representamos todo lo que España puede tener de grande y honrada.

Juan de Gades.

Camino del frente van las legiones de la España Imperial.



Con las mujeres de España

Las mujeres de España trabajan para los que se juegan la vida en el frente.

NOSOTROS EMPRENDEMOS SIEMPRE EMPRESAS DE MUCHO VUELO

SALGO de la Redacción provisto de cuartillas para hacer un reportaje a esas magníficas mujeres auténticamente españolas que, desde la paz de sus hogares envían a los valientes soldados que luchan en los frentes un poco de alegría encerrada en un sobre. Y pronto a comenzar mi tarea me encamino al taller de costura de Falange donde he pensado hacer las primeras preguntas.

Al entrar interrogo a las muchachas que afanosamente trabajan para sus camaradas del frente:

—¿Queréis contestarme a unas preguntas FOTOS?

Como movidas por un resorte se levantan... s a la vez con una alegre algarabía de pájaros.

—Ya lo creo.

—No faltaba más.

Enseguida empiezan todas a coro.

—Yo me llamo Julita Escribano y tengo un ahijado en Miran...

—Yo tengo dos, uno en Córdoba y otro en Madrid, me dice... ...va Fernández.

—Yo uno, aviador, ríe una rubita muy simpática, si vieras que guasón es, me dice que es muy amigo de San Pedro.

—Yo también tengo un aviador, interrumpe otra.

Y entonces seis o siete gritan a la vez.

—También yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Veo que os ha dado por los aviadores

—Qué te creías. Nosotras emprendemos la mayoría de las veces empresas de mucho vuelo.

Todas las compañeras de trabajo leen a coro la carta del ahijado de una de ellas.

ISABEL SANTOS TIENE CINCO AHIJADOS

Me vuelvo a una que se ha quedado algo rezagada para preguntarla

—¿Cómo te llamas?

—Isabel Santos

—¿Tienes ahijados de guerra?

—¡Ay que pregunta! Cinco.

—Qué barbaridad. Eres una acaparadora.

—No hijo. Es la ley de las compensaciones. ¿No dicen que a cada hombre le corresponden cinco mujeres? Pues también había de haber alguna mujer que le cayera en suerte cinco muchachos. Y si vieras... ¡Son más valientes...!

—¿Cuál te es más simpático?

—Los cinco. Ahora que tengo un capitán de Ingenieros que...

—¿Que es el que prefieres?

—No he querido decir eso precisamente, sino que es con el que cambio correspondencia más frecuentemente. Ahora estoy un poco rabiosilla con él, porque, figurate, en las primeras cartas se me ocurrió decirle que era pequeñarra, gorda, chata, con el pelo rojo y llena de pecas.

—Vaya ocurrencia.

—Y ahora por más que le digo lo contrario no se lo cree. El otro día le mandé un retrato en el que, modestia aparte, estaba bastante bien. ¿Y sabes lo que me contestó? Que esa "foto" no era mía sino de alguna amiga y yo se la mandaba para que se hiciera ilusiones.

—Te lo diría en broma.

—Puede ser, pero por si acaso haz el favor de decirle desde la revista cómo soy.

Así que ya sabe ese anónimo capitán de Ingenieros que tiene una madrina de guerra muy guapa y además simpatiquísima. Puedo dar fe de ello.

LA QUE NO TIENE HIJADO

—¿Tú no me dices nada de

tu ahijado? Pregunto a otra muchacha.

—Que quieres que te diga si no lo tengo. ¡Y si vieras la pena que me da! Yo también querría distraer un poco con mis cartas a algún camarada en las duras faenas de la guerra, pero por más que he hecho por tener un ahijado no lo he conseguido. A lo mejor es porque tengo un nombre muy feo. Me llamo Brígida.

Me despido. Buenos muchachas gracias a todas. Aquí se está muy bien, pero vosotras tenéis que trabajar y yo he de ir en busca de más madrinas de guerra. Y salgo.

LA SIMPATICA LEONESA

Se llama Felipa Rodríguez y está sirviendo en casa de una honorabilísima familia de Madrid que por azares de la guerra, se halla momentáneamente refugiada en San Sebastián. pregunta de ritual:

Al abrirme la puerta me hace la

—¿Qué desea?

—Vengo a que me cuente algo de su ahijado de guerra.

—¿Pero cómo se ha enterado que tengo ahijado de guerra?

—Ese es mi pequeño secreto. Los periodistas nos enteramos siempre de todo.

—Pues si lo sabe todo, replica con una ancha sonrisa no se a qué viene a preguntar.

Insisto —Sea usted amable conmigo y dígame algo para que pueda llenar unas cuartillas.

—Ya que no me queda otro remedio le contaré todo:

Le conocí en Sahagún, mi pueblo natal; fué en la Estación, donde yo esperaba el tren que había de traerme a reunirme con mis señoritas y que era el mismo que el tenía que tomar para ir a incorporarse a su Regimiento. Charlamos, nos hicimos amigos y me preguntó si yo tenía inconveniente en que fuera mi compañero de viaje; le dije que ninguno y fuimos juntos hasta Venta de Baños donde él tenía que tomar otro tren. Antes de separarnos me preguntó si yo quería ser su madrina de guerra.

La simpática leonesa, plancha y espera otra nueva carta de su ahijado.

—Y usted le dijo que si.

—No faltaba más; era un mozo muy simpático, medio paisano mio y por añadidura soldado; me parece que son tres razones de peso. ¿Eh?

—Ya lo creo.

—Ahora estoy muy preocupada —prosigue— porque me escribió una carta en la que me dice... pero mejor es que la lea usted mismo.

Y Felipa Rodríguez después de ir a buscarla, me entrega la carta que a continuación copio textualmente:

"Apreciable Felipa deseo que al recibir estas cuatro letras te encuentres bien de salud como yo por el momento a Dios gracias.

Felipa estoy encantado de que me contestes a mis cartas pues no esperaba tu contestación, y ahora ya debes saber que te portas como las buenas mujeres. Has de saber que el día que me escribió mi madre me dijo que como te llamabas, porque cuando yo la escribí mi llegada pues la contaba que había venido con una chica de Sahagún y lo cuál que me dice que cuando la conteste la diga como te llamas.

Pues sabrás que yo no pienso decirla nada por lo menos lo que dure el tiempo de la guerra pues yo no sé las intenciones tuyas ahora que como tu las tengas como yo entonces cuando baya con permiso le diré algo en casa pues no te puedes figurar el cariño que yo te cojí el día que nos vimos juntos y eso que halomejor es embalde.

Felipa de lo que me dices de las chicas has de saber que no nos quieren ver ni pintados porque somos tantos que es imposible, unos las decimos una cosas y otros las decimos otra conque figate y luego ques un pueblo muy pequeño aunque lo pasamos mubien, ahora que si tu supieras como lo pasamos te ibas a reir un poco porque nosotros mismos tenemos que labar la muda y los pañuelos y lo quedamos más sucio de lo questá.

Al mismo tiempo no te puedo decir de figo el día que boi con permiso pero tu estate tranquila porque cuando baya entonces nos echaremos una parlada pues no sabes las ganas que tengo de estar contigo para que beas entonces cuales son las mis intenciones.

Pues nada más por el momento.

Se despide de ti esta tu amigo que te quiere y no te olvida nunca y desea berte y al mismo tiempo cuando llegue esta a tus manos recibe el saludo cariñoso deste tu buen amigo que no te olvida nunca; a Dios, hasta la tuya a Dios.

Severiano GARCIA"

—Pero muchacha, si eso es una declaración en regla. Eso mismo dicen mis señoritas. Y yo, creame, no se qué contestarle. El lo ha tomado muy en serio.

—¿Y usted no?

—Hombre un poquillo quizá

—Pues entonces unas relaciones cortas y después a casarse, digo a esta simpática muchacha al tiempo de despedirme, ya ya en la escalera termino: Y que sea usted muy feliz con su cabo.

Por que se me había olvidado decir que Severiano García es cabo del Cuarto Batallón, Primera Compañía del Regimiento de Infantería número 23.

CUANDO LA ILUSION SE CONVIERTE EN ALGO HONDO

—¿Tienes ahijado de guerra?

Conchita Linares Becerra, la joven novelista, ligeramente sorprendida por mi pregunta que quizás no esperaba, sonríe.

—¿Pero es que hay alguna muchacha española que no lo tenga?

Yo lo considero un deber, una obligación moral, bien dulce por cierto y esencialmente femenina. ¿Qué más indicado para nosotras que consolar, animar, llevar a los soldados que en los frentes luchan por España y por las mujeres de España, un poco de optimismo, de ternura y de... ilusión?; ilusión bien limpia y bien pura.

—Que algunas veces... —insinúo.

—Que algunas veces es tan grande que se transforma en algo más hondo.

Guarda un corto silencio y aprovechándolo insisto:

—¿Y qué piensas tú de esa transformación? Crees que un cariño así concebido puede ser real y duradero?

—¿Y cómo no? Un sentimiento que antes de entrar por los ojos, se apodera del alma, forzosamente ha de serlo. quizá más poderoso y más completo que los que nacieron de una mirada o de una sonrisa. Con el alma se puede también mirar y sonreir, y a través de la distancia...

Riendo añade:

—Si yo supiera que mis compañeras de juventud, todas sin excepción, habían de escucharme, publicaría un manifiesto. Un manifiesto llamándolas a cumplir con este deber de dar ilusión a nuestros hermanos que por la Patria sufren y mueren. Ellos están a la intemperie, bajo las estrellas. Que cuando alcen los ojos hacia éstas, crean que sus parpadeos les envían el recuerdo, do, la sonrisa, la mirada y la oración que por ellos eleva a lo Alto, la madrina de guerra.

La madrina de guerra es para el que lucha en campaña el consuelo mayor. En ocasiones es la madre que falta al huérfano que ha llegado a cumplir su deber de soldado, otras es la novia que le anima a seguir en la lucha, otras es la dama desconocida que no ha olvidado al que sufre por la Patria le envía obsequios que luego el ahijado enseña con orgullo entre sus camaradas repartiendo con ellos lo que puede repartirse

Y no en pocas ocasiones es el Angel tutelar qué con sus consejos y a veces reconvenciones indica al ahijado el camino que debe seguir en todo momento exhortándole a que no olvide sus deberes de soldado y de español.

Leyendo la carta de un ahijado en la que habla de lances de guerra.

Pero triste resulta cuando un buen día la madrina no recibe la carta esperada... Es que ha muerto dando su sangre por la Patria. ¿Dónde? En un hospital o en el campo de batalla.

Generalmente de los hospitales llegan noticias a no ser que el ahijado haya llegado en gravísimo estado, pero de los que mueren en los campos de batalla ¡qué pocas veces se sabe con certeza si han caído o no!

Solamente aquel pobre huerfanito que no ha encontrado más alivio para sus penas que las cartas de la madrina. Porque penas y grandes son aquellas en que llegados los momentos sus compañeros reciben misivas cariñosas de sus madres, de sus hermanas, de sus novias, de sus esposas... Pero el pobre huérfano que a nadie tiene... Ese ¡con qué ganas recibe las cartas de la madrina...

Mujeres españolas que cooperáis a la Gran Obra, alentando a nuestros valientes; que ponéis con vuestra alegría ramalazos de luz en lo más profundo de sus corazones de pólvora negra cuando luchan, y los atendéis con ternura de madres cuando han sentido ya sobre su piel el beso caliente de las balas, de todo corazón gracias en su nombre y en el de esta dolorida España a la que tanto aman y por la que tanto sufren para poder librarla totalmente en un día, ya próximo por fortuna, de las zarpas rojas.

EL MIL CUARENTA Y UNO

Madrid bajo el terror

EL HOMBRE QUE SE REIA DE LA MUERTE

ODISEA DEL HOMBRE QUE RIO DE LA MUERTE

LE conocí allá el mes de noviembre en los calabozos de la Dirección General de Seguridad. Es alto, de cincuenta años, ingeniero, oriundo de un distrito minero, sus iniciales G. W. Su cara revela al individuo inteligente. Unos dientes gruesos e irregulares atacan con una sonrisa siempre irónica. Fué el primero que me salió al encuentro como un "introductor de diplomático". Me presentó a los presos: Un general de ilustre nombre, otro oficial del Ejército que también por su ilustre apellido había sido detenido. Y así una larga presentación de personalidades.

Después en un rincón me contó su historia, vamos, la historia de su detención, que es desde luego una de las odiseas más dolorosas sufridas en Madrid. Me habló de la siguiente manera:

El 24 de octubre del año próximo pasado, me encontraba en el café Brasil acompañado de un amigo diplomático y de dos señoritas, cuando de pronto se acercaron a mí dos milicianos del llamado Comandante Galán, y me intimaron detención. Eran las cinco de la tarde. Las razones, que desde luego fueron muy amables en darme, eran simplemente para comprobar mi documentación, de la que ya se habían posesionado. Fuí conducido a la Dirección General de Seguridad, y cuál no sería mi asombro, que sin interrogatorio de ninguna clase, me enviaron a los calabozos. El espectáculo que allí me recibió es inenarrable. Todos los calabozos estaban materialmente abarrotados de presos, al extremo que solo se podía estar de pie.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, fuí trasladado con numerosos presos a la cárcel del General Porlier. Allí pasé la mañana y no bien había terminado de comer, oí que me llamaban por mi nombre y me comunicaban que estaba en libertad. En realidad fuí puesto en libertad, devolviéndoseme mi documentación, pero no así mi pasaporte. Se me ordenó salir y en los umbrales de la puerta me esperaban los mismos milicianos que me habían detenido el día anterior. Quise volver atrás, pero éstos, con mucha amabilidad me dijeron que venían a devolverme mi pasaporte, pero para ello debía acompañarles a Serrano, 43, donde el Jefe de ellos me haría la devolución de ese documento. Me ofrecieron tabaco y me aseguraron que nada debía temer. Era inútil resistir. Fuí acompañado a las señas de Serrano, pero como el Comandante Jefe de éstos no había llegado, me encerraron en un "Box" de motociclistas. La maniobra era simple. Se procuraba hacer tiempo hasta la llegada de la noche, para que al amparo de su sombra se cumpliera la fatídica sentencia de muerte que misteriosamente pesaba sobre mí.

A las seis de la tarde, ya de noche, fuí conducido ante la presencia "del Comandante Galán", que era el Jefe de ese grupo.

Galán me recibió iniciando el interrogatorio sin protocolo previo:

—Usted es muy aficionado a la estrategia y le gusta marcar los frentes de combate. Parece que ya le interesaba mucho la campaña de Abisinia ¿verdad?

—No tengo la menor idea de lo que usted quiere decir. Ustedes pueden haber registrado mi casa y seguramente en la habitación que ocupaba un alemán, habrán encontrado algún plano pero tiene que ser antiguo, anterior al 14 de agosto, fecha en que el mencionado alemán se marchó a su patria.

—Es que usted tiene allí una criada...

—Que desde luego es comunista, interrumpí.

—Sabemos que usted tiene relaciones con personalidades del "otro lado"...

—En cuanto a eso le diré...

—En nuestro poder fotografías y un archivo personal suyo que nos fué suministrado en su domicilio.

—Seguramente por mi criada, que conoce el sitio en que guardo mis cosas, pero éstas nada tienen que ver con el movimiento —respondí.

—Pues vea usted, le voy a dar veinticuatro horas de tiempo para que con "tranquilidad" haga usted un examen de conciencia y si entonces no me dice usted la verdad, le fusilo a usted con todos los honores.

—Le agradezco a usted, "mi Comandante" lo de los honores, que creo no merecer, como tampoco el fusilamiento.

Se puso de pie el airado Comandante Galán y sin contestarme, le ordenó a su lugarteniente algo al oído que no alcancé a escuchar. El ordenado me cogió de un brazo, me hizo salir de aquella oficina, ricamente tapizada en damascos encarnados, para conducirme a un nuevo domicilio. Me sacaron a la calle, ya cubierta de sombras, y metiéndome en un coche a su servicio, fuí conducido a la tristemente célebre "Cheka" de...

Allí fuí encerrado, después del consiguiente despojo de mis efectos personales, en una carbonera improvisada en calabozo. Después me enteré que este calabozo era la fatídica "Celda X", donde se colocaba en capilla a los sentenciados a muerte. En realidad, las huellas dejadas por mis antecesores, eran elocuentes signos de mi trágica suerte. En las paredes, como un último lamento de los que entregaron su vida, se leían inscripciones de nombres y de últimos deseos; grabados breves y nerviosos, acaso escritos minutos antes de perder la vida.

Aquella noche no dormí. Encerrado en aquel calabozo que no tendría más de un metro de ancho, por uno cincuenta de largo, sin colchón y sin mantas. Unas horas de pie y otras sentado sobre las losas del suelo, esperé a que se cumpliera el ultimatum de las veinticuatro horas dadas por Galán.

No me enteré cuándo se hizo de día, pues la celda no tenía ventana y solo una tenue luz proyectada por una bombilla eléctrica colocada en el pasillo, penetraba en aquel rectángulo que más parecía tumba que una habitación. Calculé la llegada del día sólo cuando me dieron de comer. Esperé que de un momento a otro me llevaran nuevamente a presencia de Galán, pero en el tic-tac acelerado de mi corazón corrían las horas y aquella puerta no se abría...

Hasta que por fin, sentí roncar el cerrojo de mi celda y la figura trágica de un miliciano se adueñó del marco de la puerta. Este me ordenó salir. En la calle, donde otra noche había tendido ya su manto de sombras, me hicieron entrar en el mismo coche en que me habían traído, conduciéndome otra vez a la oficina tapizada de damascos encarnados.

Galán, sentado detrás de su escritorio, sostenía en sus manos unos documentos; eran los planos, a que había hecho referencia el día anterior.

Pretendió arrancarme un supuesto secreto, que no existía más que en la imaginación calenturienta de esos piratas de la civilización. Convencido de la inutilidad de su insistencia, colérico, poniéndose bruscamente de pie, me gritó:

—¡Pues haré que le fusilen!

Tranquilamente, más bien resignadamente, le contesté:

—Eso usted no lo puede hacer.

¿Cómo que no lo puedo hacer?

—Porque yo nada he cometido. Usted puede asesinarme, pero no fusilarme.

—¡Eso, lo veremos!

—o—

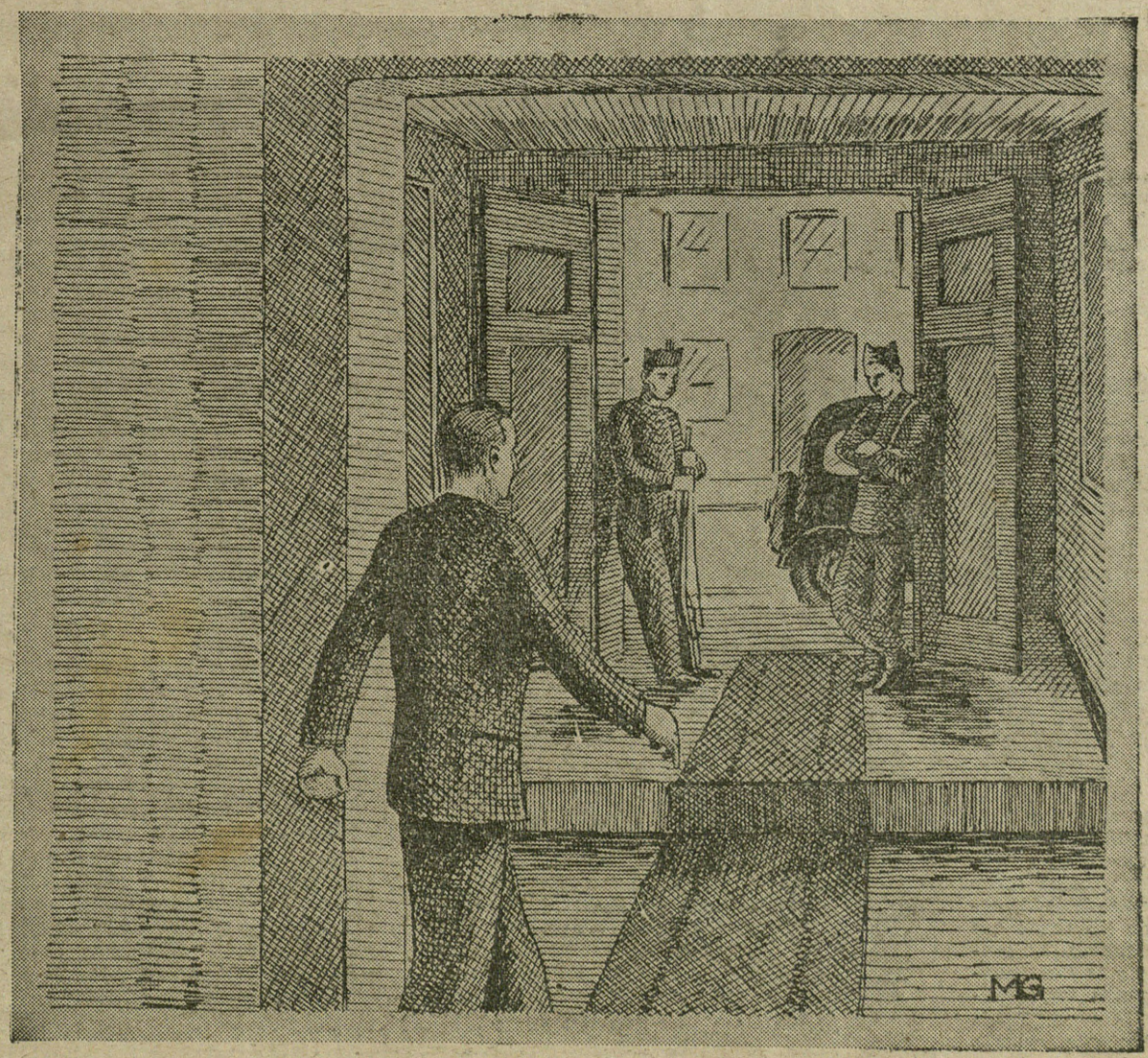
De nuevo fuí conducido a la "Celda X" a pasar mis últimas horas.

A media noche, según mis cálculos, funcionó ásperamente el cerrojo y la figura del miliciano con sus hombros enormes, llenó el marco de la puerta.

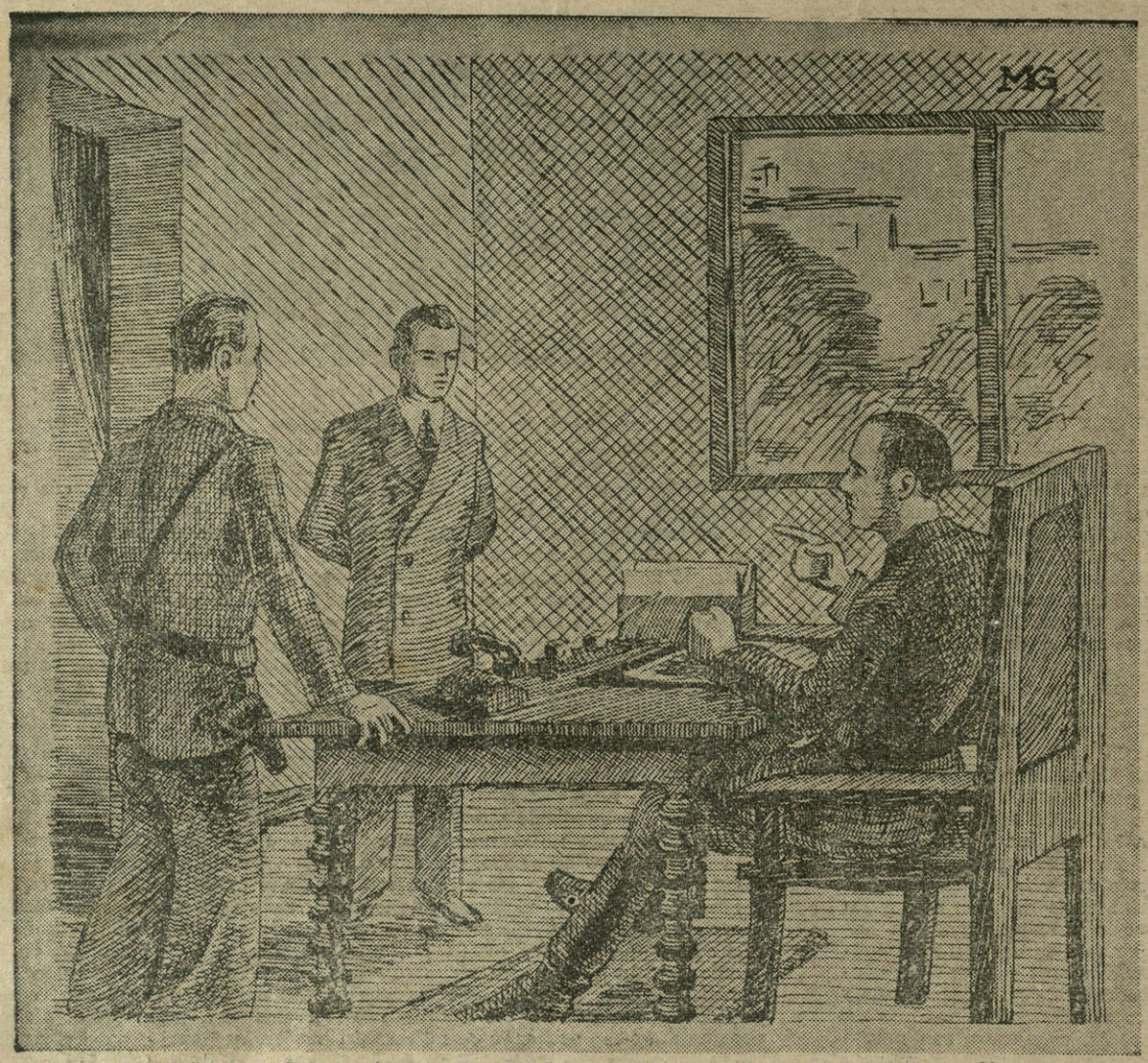
—Salga, me ordenó imperativamente. Detrás de él dos milicianos más le hacían escolta armados de sus fusiles.

Atravesé el pasillo de aquella Cheka, y al pasar junto a las puertas de otros calabozos, percibí algo así como un murmullo de los otros presos, que, sin conocerme, ni haberme visto seguramente, adivinaban mi suerte.

Me condujeron al patio. De allí me hicieron descender al sótano y ponerme de



Me condujeron primeramente a la Dirección General de Seguridad.



"A las seis de la tarde fué conducido ante la presencia del comandante Galán, que era el Jefe de ese grupo"

espaldas a la pared. Los tres milicianos, murmuraban entre ellos palabras misteriosas. En el centro del sótano, pendiendo del techo, una bombilla, sucia y amarillenta descolgaba una luz mortecina y enfermiza como la luz de un cirio.

Uno de los milicianos se adelantó un poco hacia mí y me dijo:

—Con que no quieres confesar.

—Nada tengo que confesar, contesté. Y por favor terminen esto de una vez.

—Pues te vamos a dar un nuevo plazo y si nos dices "algo" te pondremos en libertad.

Me volvieron a mi celda. Se volvió a cerrar detrás de mí la puerta y volvió a roncar aquel fatídico cerrojo...

No habían transcurrido dos horas, cuando de nuevo fuí conducido al sótano. Esta vez me ordenaron que permaneciera de espaldas, mirando a la pared; y cuando me pareció que ya tendrían los fusiles a la cara, fuí otra vez requerido a confesar. Insistía que terminaran aquella malvada comedia, que había roto mis nervios. Pero no ocurrió así; pues por segunda vez fuí encerrado en mi celda a espera de mi confesión.

Desesperado por mi interminable agonía, decidí suicidarme. No me habían dejado ningún instrumento cortante, ni mi pañuelo ni mi cinturón. Busqué febrilmente por los rincones algo... y encontré por fin, junto a la pared un clavo. Seguramente el que utilizaron las víctimas que me antecedieron para dejar en las paredes esos signos y esas inscripciones que me bailaban en la cabeza.

Me disopnía ya a utilizar mi improvisado instrumento cuando nuevamente se abrió la puerta y el miliciano de las veces anteriores, me condujo por tercera vez al sótano. La escena allí fué la misma que las anteriores. Se me increpó duramente. Se me amenazó con tormentos. Se me insultó y después, fuí de nuevo recluído en mi celda.

Pero ya por fin estaba solo. Los milicianos parece que se habían retirado a la habitación que les servía de cuerpo de banderas. Rápidamente, como quien inicia una obra largamente deseada, comencé a pinchar una de las venas que corren por mi muñeca izquierda. No sentí dolor; seguí pinchando y la desesperación ya me asaltaba ante la imposibilidad de conseguir abrir la vena. Había abierto una incisión bastante grande, pero lo que yo creía fácil de conseguir me resultaba imposible. No daba con la vena. Hasta que después de mucho insistir saltó un chorro de sangre tibia que cosa curiosa, me hizo suspirar como si volviera a vivir...

—o—

No sé claramente cuánto tiempo permanecí tendido en el suelo. Porque solo entre sueños me pareció sentir voces. No había seguramente, perdido el conocimiento, pues oí decir:

—Rematémosle de una vez.

Una voz extraña, que no había oído anteriormente, contestó:

—No conviene, camarada. Cuando éste se ha querido suicidar es porque algo quiere ocultar, y ese secreto es el que nos interesa.

Cuando pude darme cuenta con perfecta claridad de lo que a mi alrededor ocurría fué en la oficina de los milicianos.

En mi mano izquierda habían colocado un vendaje limpio. Frente a mí, los mismos milicianos que me hicieron guardia durante la noche me miraban como sorprendidos

—o—

Al anochecer fuí conducido a la Dirección General de Seguridad, como un elemento peligroso y que convenía vigilar, según las declaraciones de uno de los milicianos. Y ahora aquí me tiene usted esperando seguir mi suerte. Sin perder mis esperanzas porque soy un gran optimista.

Así terminó la narración trágica y emocionante que me hizo en los calabozos de la Dirección General de Seguridad la noche del 6 de noviembre este introductor de presos.

Al día siguiente de mi llegada a la Dirección, él fué incluído en una larga lista de presos que se llevaban a no sé dónde.

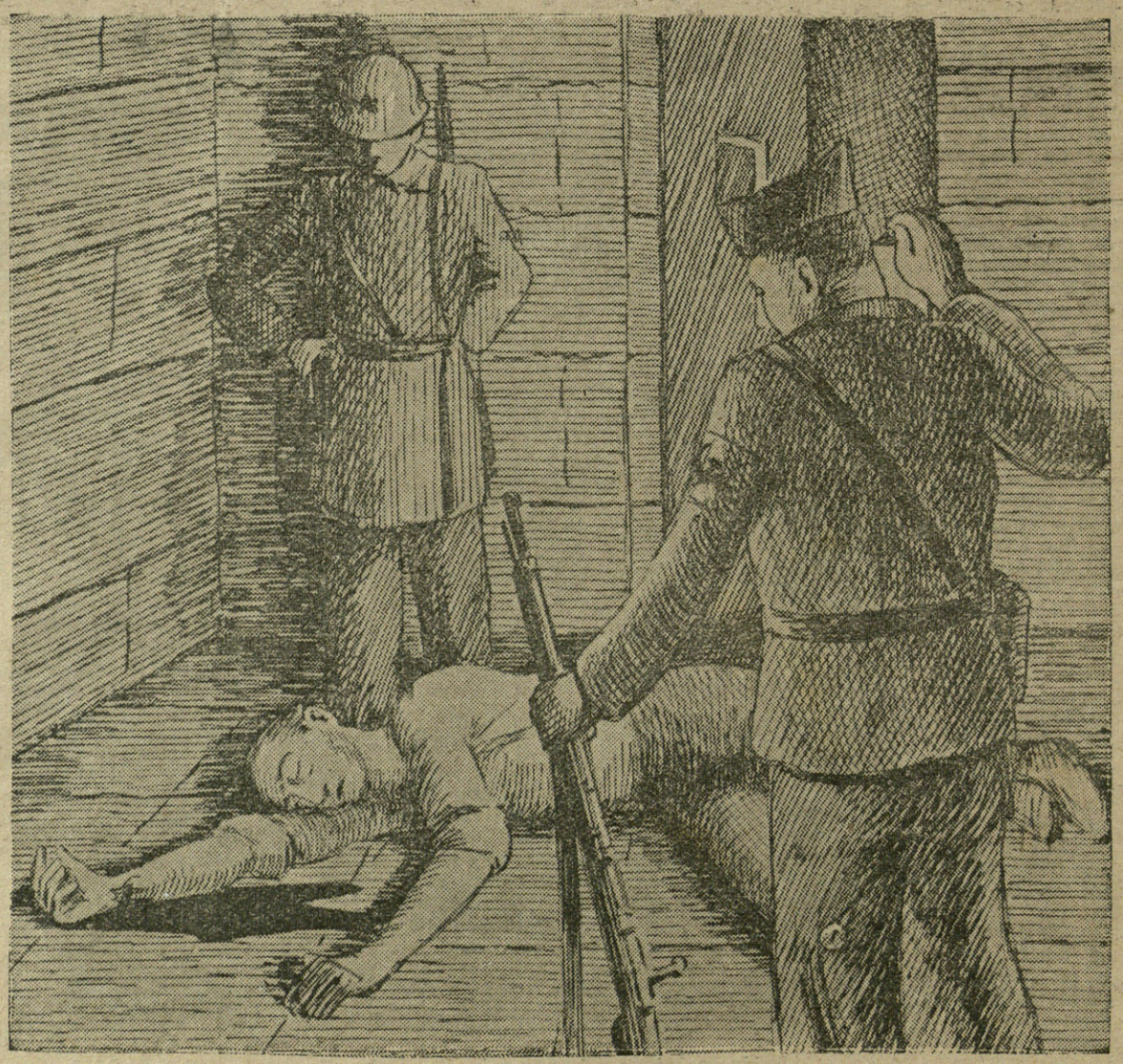
Le vi partir como el que sale en un viaje perfectamente normal. En su cara sus dientes gruesos e irregulares me lanzaron desde el rincón del patio, una sonrisa tremendamente irónica... Y desapareció

—o—

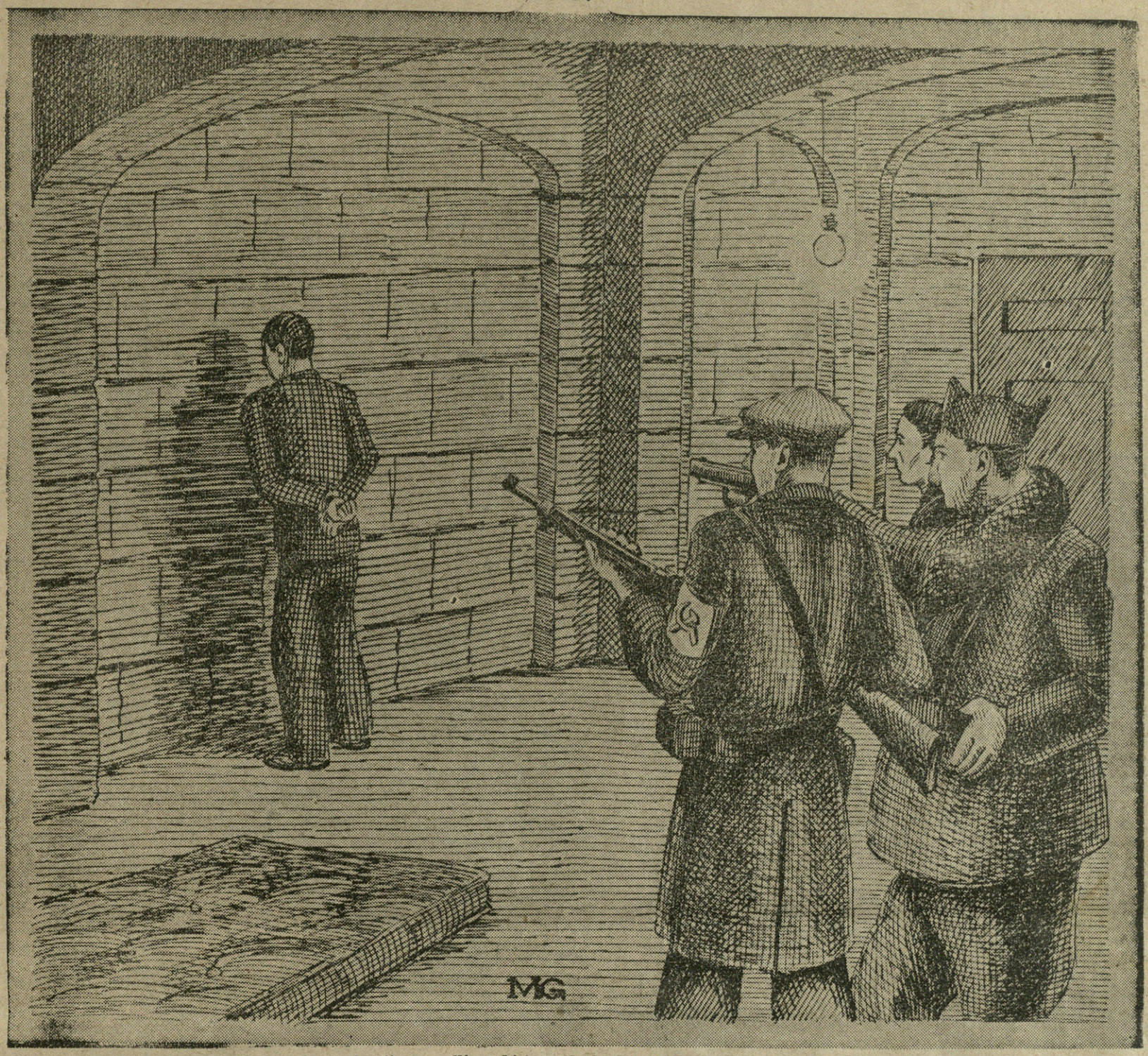
Yo seguí el curso de mi destino y a través de mis aventuras siempre recordé a este hombre trágico a quien sin duda fusilaron la noche de aquel mismo día en que fué sacado de la Dirección.

Sin embargo, los últimos acontecimientos que me han ocurrido, han sido tan hondos, que me han hecho olvidar a este hombre. Y así he llegado a la zona liberada sin acordarme de aquella noche del 6 de noviembre en la Dirección General de Seguridad.

Este hombre, indiscutiblemente, se ha reído de la muerte. Mientras yo le daba por asesinado, ocurrió que le llevaron a la Cárcel Modelo. Al arribo de



Rápidamente, como quien inicia una obra largamente deseada, comencé a pincharme una vena y saltó un chorro de sangre tibia...



Me condujeron al patio. De allí me hicieron descender al sótano y p onerme de espaldas a la pared....

nuestras tropas sobre Madrid, le evacuaron a la cárcel de San Antón y sus perseguidores huyeron a Valencia.

Fué juzgado por el Tribunal Popular y absuelto, pero el destino quería jugarle todavía otra mala pasada. Uno de los milicianos de la Cárcel de San Antón, conocido por el nombre de "Lázaro", se había enterado de sus antecedentes y se opuso tenazmente a su libertad. Pero otra vez el destino interviene y después de haber jugado con él llevándole de una tragedia a otra, acude en su ayuda.

El miliciano Lázaro fué asesinado por sus compinches al no hacer equitativo reparto de un botín y con el fusilamiento de Lázaro el destino abrió las puertas de la libertad a este hombre que se rió de la muerte.

Casos como este que relato hay más de uno, pero no con tanta suerte, como el ingeniero a que aludo.

Porque si algunos han podido salvar la vida debido a circunstancias que se les han atravesado en el camino y que la Providencia ha hecho que les fueran beneficiosas, otros han sufrido los rigores del martirio y aun hoy se encuentran en situación tristísima sin saber si van a ser fusilados o no, pero que van sufriendo los horrores de la canalla marxista. Se han dado dos casos de locura; han sucedido casos espantosos; se sabe de más de uno que han padecido ataques de locura furiosa y que han tenido que ser muertos a tiros.

Porque los sufrimientos les hace perder la razón hasta tal punto, que por todas partes han visto verdugos y han llegado a lanzarse contra personas verdaderamente pacíficas.

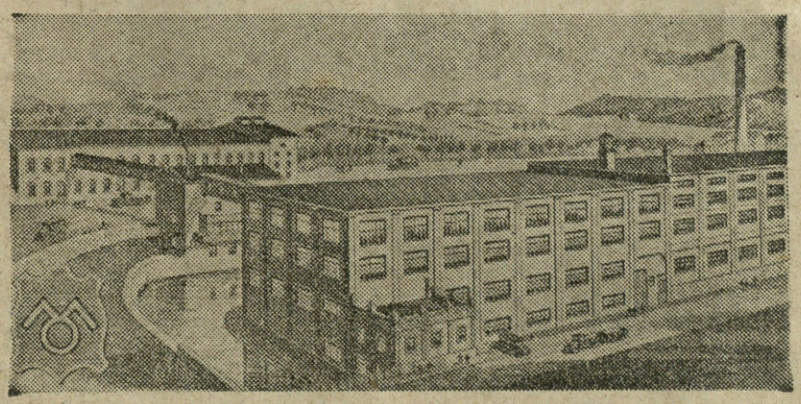
Este hombre que salvadó milagrosamente ha podido ganar la zona liberada, sabe mucho de cuanto digo, porque si bien él ha podido escapar del verdugo rojo, conoce casos de otros que no han podido librarse de la muerte.

Lo que ha sucedido en las cárceles de Madrid es verdaderamente espantoso.

Lo que hemos tenido que presenciar los que hemos tenido que pasar por las torturas de las chekas madrileñas, hemos podido apreciar cuáles son los grandes sufrimientos de esas gentes que sin más delito que el de no pensar en rojo vivo, han permanecido encerrados en mazmorras en las que no se encerraría a ninguna fiera.

Pero los rojos de Madrid,como los de otras partes, no tienen entrañas. El odio les domina en todo momento. No tienen conciencia, llevan instintos de hiena y no sienten en ningún momento compasión.

Cuando se conozca con todo detalle lo sucedido en las cárceles madrileñas, producirá horror en toda conciencia honrada y habrá llegado el momento de enjuiciar a muchos que aun hoy se presentan como sujetos que han laborado para conseguir la atenuación de penas de muchas víctimas del terror rojo.



Manufacturas Olaran S. A.

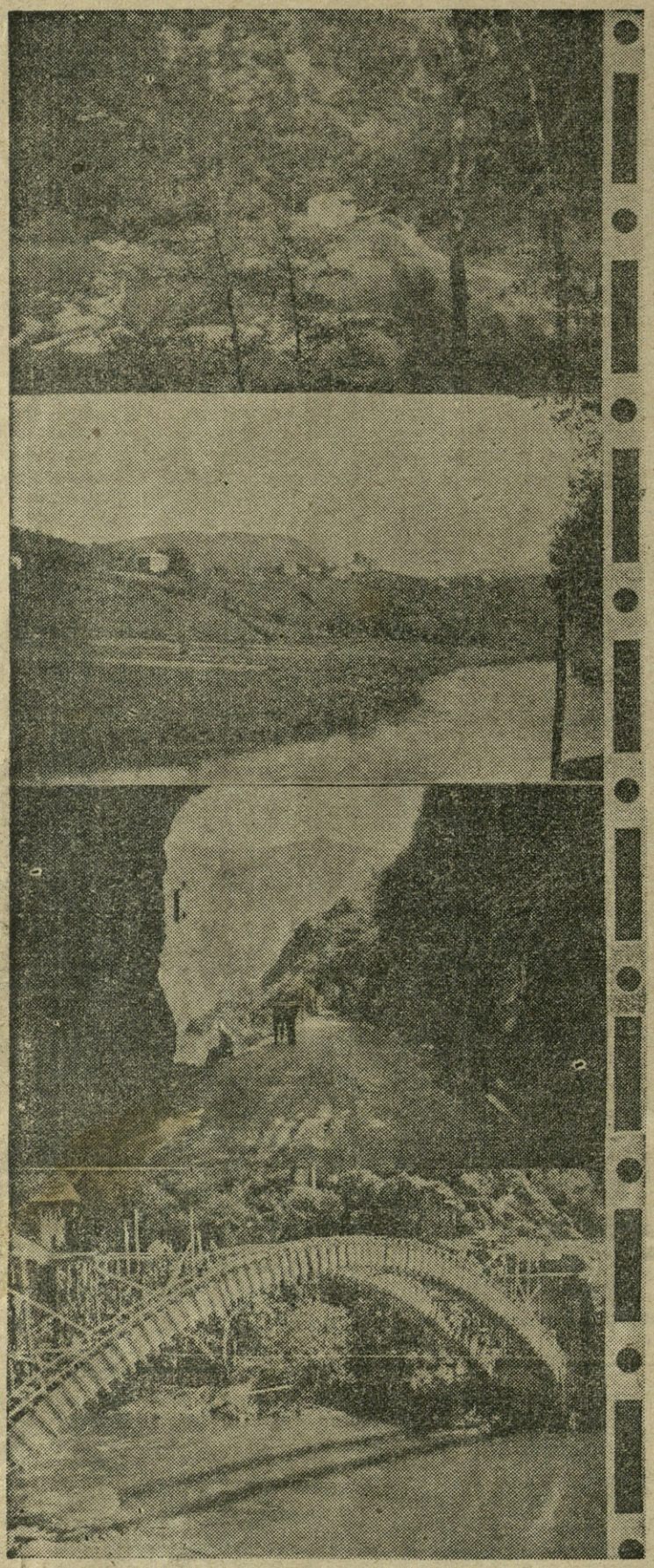
La Tenería Guipuzcoana

Fábricas de Curtidos y Tejidos imitación de Piel

Anzuola
(España)

Apartado N.o 5 - VERGARA

La Falange vigila desde...



Paisajes encantadores de la ribera del Bidasoa. Todo respira paz e inocencia; pero los falangistas que vigilan, saben que no hay que fiarse demasiado.

TODO ES BONITO PORQUE HACE SOL

HA amanecido el primer día verdaderamente primaveral de este año y uno ha salido de casa con las ventanas del alma abiertas de par en par al gozo de las resurecciones. La verdad es que no hace falta ser muy sensible a los encantos de la Naturaleza para sentirse absorto ante la belleza de los paisajes que al correr del coche nos va descubriendo a lo largo del Bidasoa.

Hay rebaños blancos entre la hierba, caseríos de idilio a la orilla del agua, muchachitas que recogen hierba, más flores que hierba en el prado...

Pero el camarada Arteche, jefe de las milicias de la frontera, que va al volante, me echa un jarro de agua sobre mis entusiasmos.

—No te fíes, no te fíes mucho. ¿Ves ese campesino de aspecto ingenuo que lleva un brazado de hierba? Pues a lo mejor no es hierba todo o que lleva.

—¿Quá puede ser en tonces?

—Cuarquier cosa. Dentro del haz de hierba puede ir muy bien un paquete de alhajas, por ejemplo. Se le tira al río y ya habrá quién lo recoja corriente abajo.

—Pues eso es bonito.

—Todo te parece hoy bonito porque hace sol. Pero si tuvieras que estarte una noche entera en esa garita de ahí abajo vigilando a los contrabandistas, ya verías lo que era bueno.

Esa garita que Arteche me señala es la "Garita de la Muerte". La llaman así los camaradas falangistas por las pulmonías que allí se cogen, con los pies sobre la humedad del río, encañonado el viento del Norte entre dos altísimas vertientes. Pero hoy el sol a media mañana cae a plomo sobre el río y el camarada que vigila en la "Garita de la Muerte" tiene una cara de salud que da envidia.

De lejos ha conocido el coche del jefe y se cuadra marcialmente al verle pasar.

—¡Adiós, camarada, buena guardia!

LO MAS INTERESANTE NO SE DICE

De Behobia a Endarlaza hay una garita cada cien metros, colocadas unas al borde de la carretera y otras a la orilla del río. Después empiezan a trepar monte arriba, siguiendo la línea divisoria de España y Francia a lomos del Pirineo.

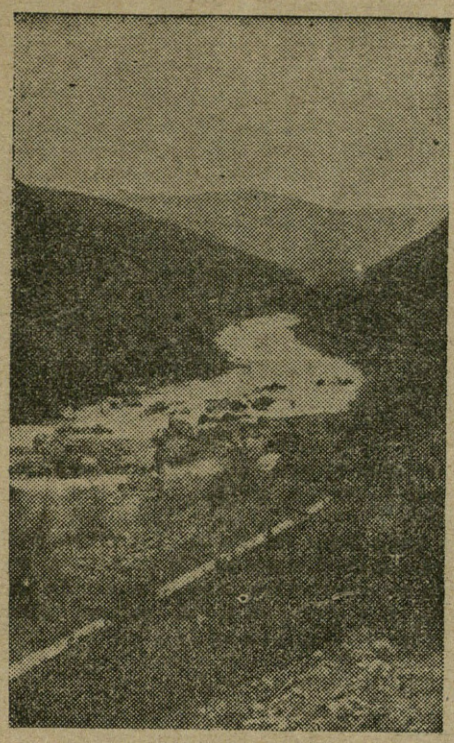
—Me alegro de que se os haya ocurrido venir— me dice Sergio Arteche— a hacer esta información, porque bien merece ser conocida la ímproba labor de estos muchachos. No es tan brillante como la de los que están en el frente; pero no es menos dura. Son camaradas de primera línea.

Los de segunda no podrían resistir muchas guardias por esas alturas. El frío ha

Los contrabandistas conocen muy bien estos caminitos ocultos en las arrugas del Pirineo

A la hora del yantar, las milicias azules de la frontera muestran una ruidosa alegría, tras de su fatigosa labor de vigilancia.

Los Pirineos (5)



En cuatrocientos metros a la orilla del río dice Macario que no hay que fiarse de nadie.

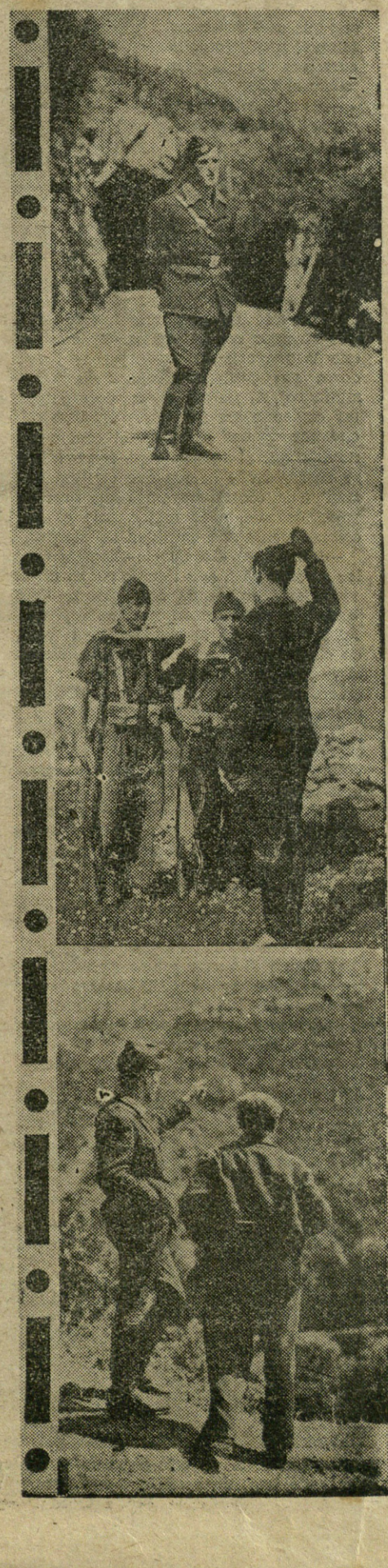
—Trabaja y trabajará. Tenemos puestas en ella grandes esperanzas. Pero aquí, sobre todo, es donde la discreción se impone.

—Lo supongo y lo lamento por mi información. ¡Qué pena que las cosas que no se pueden decir sean siempre las más interesantes!

¡ESE ES MACARIO!

Cada uno de esos servicios, según me explica Arteche, tiene un jefe inmediato, todos bajo su mando superior. Los turnos de guardia son de doce horas, de ocho a ocho, y los camaradas que están francos de servicio tienen tres horas de instrucción práctica por la mañana y dos de teoría por la tarde. Los sábados hay zafarrancho, limpieza de armamento, revista militar, etc. En siete meses que llevan aquí estos muchachos —navarros casi todos—se han hecho duros y disciplinados a las órdenes de su jefe, camarada Arteche, a quien ellos prefieren llamar Sergio, por el nombre propio, con familiaridad de cariño y paisanaje, que no entraña falta de respeto. Se han aprendido palmo a palmo la topografía de esta cuenca del Bidasoa, más guipuzcoana que navarra y no les es ya desconocida ninguna de las picardías que emplean en su negocio los contrabandistas de esta tierra.

El camarada Arteche, todo actividad y simpatía recorre los puestos de la montaña vigilando sus milicias



—Aquí en cuatrocientos metros a la orilla del río son todos contrabandistas, los de este lado y los del otro—me dice Macario.

¡Ah! ¡Pero ustedes no saben quién es Macario! Viene de escolta en el coche del jefe... Pero esperen un momento, que no sé qué me dice:

—¿Ves esas cuatro moceticas de luto que están cosiendo a la puerta de esa casa? ¡Qué carita tienen más inocente! ¿eh?

—Sí, parecen buenas chicas.

—No; no es que sean malas. Los malos son los novios que tienen. Los domingos venían a hablar con ellas desde la otra orilla del río. Son unos rojillos de los que escaparon de aquí.

—El corazón no entiende de colores, Macario.

—¡El corazón, eh! Menos mal que yo no me fío. Si nos fiáramos, con la disculpa del palique, se pasaban un día de mano en mano un piano de cola. ¡No saben nada que digamos las mocetas de por aquí!

La ausencia del amor tiene tristes a estas muchachas.

Pasamos ahora cerca de uno de los vados más estrechos del Bidasoa.

—Mira—me dice Macario—fíjate en ese caserío pequeñico que hay al pie mismo del agua en la otra orilla.

—¿Ese que apenas se ve entre los árboles?

—Sí, ese. Ahí vive el rojo que voló el puente de Endarlaza. Sabemos cómo se llama y le conocemos de verle por ahí muchas veces.

Hemos parado el coche y notamos que en las ventanucas de la casa y entre follaje de los árboles hay algunas personas que nos atisban.

—¿Lo ves, Macario, ¿es alguno de esos?

—No; él no está ahí ahora, pero no andará lejos. Para qué se habrá quedado aquí tan cerca, es lo que yo digo. Si Sergio me dejara, un día pasaba allá y me lo traía.

Sergio se ríe:

—Si yo le mandara, a por León Blum se iba éste ahora mismo.

—Pues, mira, chico, no me lo digas dos veces—dice Macario.

¡Ese es Macario!

NI LA FLOR DEL TOMILLO...

Nada más romántico que un pescador de caña. Digo romántico por lo desinteresado. Y hasta hoy así lo creía.

—¿Pican, pican?—le pregunta Macario a

sido terrible aquí este invierno.

—¿Son muchos los que tienes bajo tu mando en la frontera?

—Unos ciento veinte, aproximadamente.

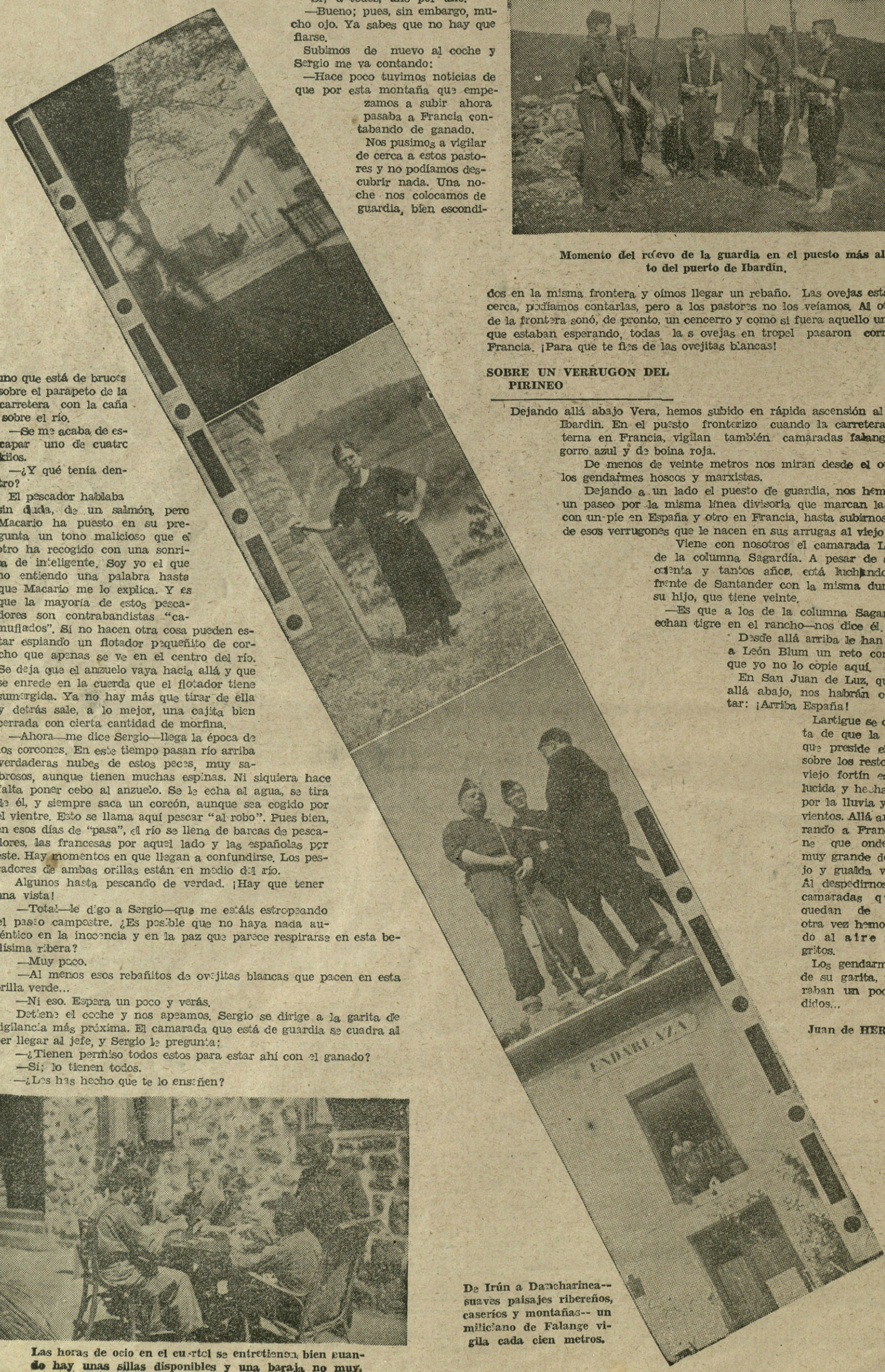
—Todo un regimiento. ¿Y qué servicios hacéis?

—El principal es el servicio de vigilancia a lo largo de la frontera de Irún a Dancharinea. Día y noche con el fusil al hombro, estos muchachos de vista de águila espían el paso furtivo de mercancías y de personas a través de la frontera; y muy especialmente en estos momentos, la exportación de moneda.

—¿Habéis dado algún golpe bueno?

—Ya lo creo que lo hemos dado. ¿Te parece bueno uno de cuatrocientas mil pesetas, por ejemplo? Pero de eso no hablemos más; es descubrir el juego. Otro servicio importante que hacemos es el de vigilancia del Puente Internacional de Irún y en el de Behobia con refrendo de salvoconductos y "pasavanes" para coches. También está a nuestro cargo el control del tráfico de carreteras. Tenemos en Fuenterrabía una oficina de identificación para las personas que llegan por Francia de la zona roja. Y tenemos también una oficina de información y auxilio con delegados en el extranjero.

—¿Trabaja mucho esa oficina?



uno que está de bruces sobre el parapeto de la carretera con la caña sobre el río.

—Se me acaba de escapar uno de cuatrc kilos.

—¿Y qué tenía dentro?

El pescador hablaba sin duda, de un salmón, pero Macario ha puesto en su pregunta un tono malicioso que el otro ha recogido con una sonrisa de inteligente. Soy yo el que no entiendo una palabra hasta que Macario me lo explica. Y es que la mayoría de estos pescadores son contrabandistas "camuflados". Si no hacen otra cosa pueden estar espiando un flotador pequeñito de corcho que apenas se ve en el centro del río. Se deja que el anzuelo vaya hacia allá y que se enrede en la cuerda que el flotador tiene sumergida. Ya no hay más que tirar de ella y detrás sale, a lo mejor, una cajita bien cerrada con cierta cantidad de morfina.

—Ahora—me dice Sergio—llega la época de los corcones. En este tiempo pasan río arriba verdaderas nubes de estos peces, muy sabrosos, aunque tienen muchas espinas. Ni siquiera hace falta poner cebo al anzuelo. Se le echa al agua, se tira de él, y siempre saca un corcón, aunque sea cogido por el vientre. Esto se llama aquí pescar "al robo". Pues bien, en esos días de "pasa", el río se llena de barcas de pescadores, las francesas por aquel lado y las españolas por éste. Hay momentos en que llegan a confundirse. Los pescadores de ambas orillas están en medio del río.

Algunos hasta pescando de verdad. ¡Hay que tener una vista!

—Total—le digo a Sergio—que me estáis estropeando el paseo campestre. ¿Es posible que no haya nada auténtico en la inocencia y en la paz que parece respirarse en esta bellísima ribera?

—Muy poco.

—Al menos esos rebañitos de ovejitas blancas que pacen en esta orilla verde...

—Ni eso. Espera un poco y verás.

Detiene el coche y nos apeamos. Sergio se dirige a la garita de vigilancia más próxima. El camarada que está de guardia se cuadra al ver llegar al jefe, y Sergio le pregunta:

—¿Tienen permiso todos estos para estar ahí con el ganado?

—Sí; lo tienen todos.

—¿Los has hecho que te lo enseñen?

—Sí; a todos, uno por uno.

—Bueno; pues, sin embargo, mucho ojo. Ya sabes que no hay que fiarse.

Subimos de nuevo al coche y Sergio me va contando:

—Hace poco tuvimos noticias de que por esta montaña que empezamos a subir ahora pasaba a Francia contabando de ganado.

Nos pusimos a vigilar de cerca a estos pastores y no podíamos descubrir nada. Una noche nos colocamos de guardia, bien escondi-

Momento del relevo de la guardia en el puesto más alto del puerto de Ibardín.

dos en la misma frontera y oímos llegar un rebaño. Las ovejas estaban ya cerca, podíamos contarlas, pero a los pastores no los veíamos. Al otro lado de la frontera sonó, de pronto, un cencerro y como si fuera aquello una señal que estaban esperando, todas las ovejas en tropel pasaron corriendo a Francia. ¡Para que te fíes de las ovejitas blancas!

SOBRE UN VERRUGON DEL PIRINEO

Dejando allá abajo Vera, hemos subido en rápida ascensión al alto de Ibardin. En el puesto fronterizo cuando la carretera se interna en Francia, vigilan también camaradas falangistas de gorro azul y de boina roja.

De menos de veinte metros nos miran desde el otro lado los gendarmes hoscos y marxistas.

Dejando a un lado el puesto de guardia, nos hemos dado un paseo por la misma línea divisoria que marcan las aguas, con un pie en España y otro en Francia, hasta subirnos en uno de esos verrugones que le nacen en sus arrugas al viejo Pirineo.

Viene con nosotros el camarada Lartigue, de la columna Sagardía. A pesar de sus cincuenta y tantos años, está luchando en el frente de Santander con la misma dureza que su hijo, que tiene veinte.

—Es que a los de la columna Sagardía nos echan tigre en el rancho—nos dice él.

Desde allá arriba le han lanzado a León Blum un reto como para que yo no lo copie aquí.

En San Juan de Luz, que se ve allá abajo, nos habrán oído gritar: ¡Arriba España!

Lartigue se da cuenta de que la bandera que preside el puesto sobre los restos de un viejo fortín está deslucida y hecha jirones por la lluvia y por los vientos. Allá arriba, mirando a Francia, tiene que ondear una muy grande de un rojo y gualda violentos. Al despedirnos de los camaradas que allí quedan de guardia, otra vez hemos lanzado al aire nuestros gritos.

Los gendarmes, desde su garita, nos miraban un poco aturdidos...

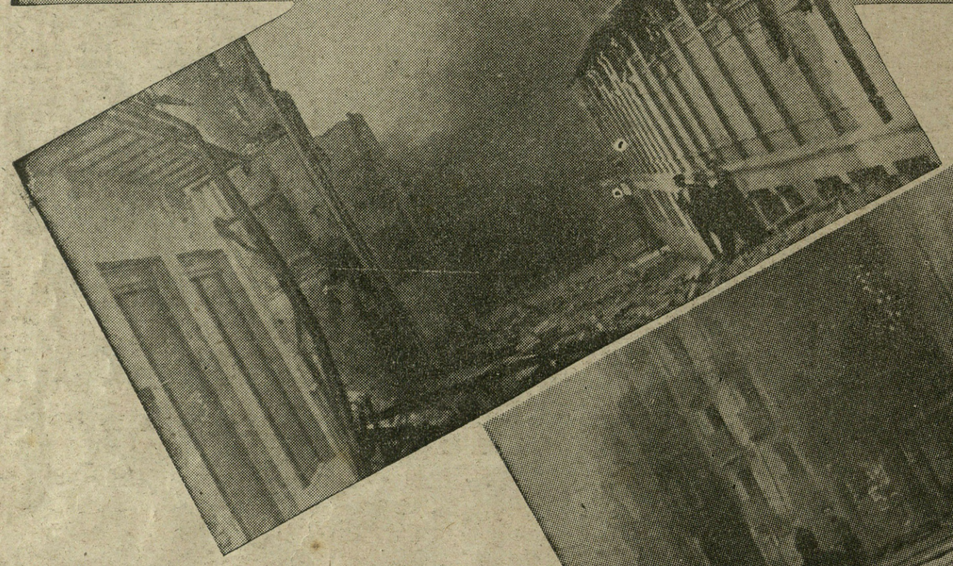
Juan de HERNANI

Las horas de ocio en el cuartel se entretienen bien cuando hay unas sillas disponibles y una baraja no muy marcada.

De Irún a Dancharinea--suaves paisajes ribereños, caseríos y montañas-- un miliciano de Falange vigila cada cien metros.

5 marcas de coñac Domecq
razones de excelencia
CARLOS 1º
FUNDADOR
TRES CEPAS
ABOLENGO
CALIDAD
GARANTIA
ORIGINALES
R. SIMO'

MARCHA TRIUNFAL sobre BILBAO



Se habían hecho fuertes en la plaza del Ayuntamiento, que está en la parte alta del pueblo. Cantaron muchos himnos. Estrenaron, cuando amanecía, el grito de "¡U. H. P.!", mataron, saquearon..... Y en cuanto vieron, hacia el mediodía, que subían por la carretera unos guardias civiles y unos soldaditos que tiraban mejor que ellos, macetos armeros, les entró el pánico y levantaron bandera blanca.

Con la prisa de meterse en los escondrijos, no tuvieron tiempo de retirar el hacha y el tajo.

—¿Para qué queríais esto? —preguntó el jefe de la fuerza a los que cogió en el Ayuntamiento..

Dieron una respuesta torpe. Y además cobarde:

—Eso es para hacer astillas.

—¿Teníais frío? Hace un tiempo hermoso.

—Las astillas eran para la calefacción de las escuelas, para cuando llegue el invierno.

—¿Y no teníais mejor sitio para hacer astillas que el salón de sesiones?

Como además no había por allí la menor señal de que se hubiera estado cortando leña, se encogían de hombros, sin saber qué contestar:

—No sabemos, no sabemos quién ha podido subir aquí eso.

Y tampoco sabían para qué era aquella lista que tenían sobre la mesa, en la que casualmente estaban escritos los nombres de todas las personas de derechas de Eibar.

No pasó nada, sin embargo. Al día siguiente se abrieron las fábricas. Y pude hablar a la entrada con uno de los obreros más exaltados. Me contó cómo había sido la jornada vista desde el lado suyo. La calle estaba llena de blusas azules de obreros, que pasaban hacia los talleres.

—¿Ves a todos éstos? —me dijo el que hablaba conmigo. Pues todos estaban ayer luchando.

Y en cuanto salieron del trabajo por la tarde, empezaron a preparar la próxima.

EL ESPANTO DE LA ECHECOANDRE

La próxima era ésta. Pero les ha salido peor porque les cogimos la delantera.

Desde varios kilómetros antes de llegar a Eibar, empezamos a ver el incendio, que tiene una infernal grandeza.

Yo recuerdo que era raro el año que en Eibar no había dos o tres incendios de importancia. Casas de vieja construcción, talleres por todas partes improvisados en barracones de madera, sucios de grasa, cruzados de cables; en cuanto el fuego prendía en cualquier rincón, se alzaba enseguida propagándose sin dificultad. No les tenía que ser muy difícil a los marxistas, que conocían bien el pueblo, organizar la gran hoguera, en la que seguramente estuvieron pensando durante los siete meses, que han estado agazapados en la ratonera. No les tenía que ser muy difícil quemar Eibar en una noche, pero ellos lo organizaron espectacularmente.

No hemos encontrado al entrar en Eibar a primera hora, quién nos cuente cómo fué. Si algunos vecinos han quedado, tienen bastante que hacer tratando de salvar lo que pueden de su ajuar y ayudando a los soldados a apagar hogueras y retirar escombros de las calles.

En uno de estos caseríos, que al otro lado de la vía trepan por la falda del monte, he podido hablar con una vieja "echecoandre", que con ojos es-

Ruina y desolación. La barbarie ruso separatista, impotente y cobarde para contener el avance arrollador de las tropas españolas, reduce a escombros la ciudad

EIBAR en llamas

La industriosa ciudad guipuzcoana pasto del fuego ruso separatista.

LA MATE PORQUE ERA MIA

Si uno se dejara llevar por los instintos primarios, se pondría a aplaudir viendo cómo arde Eibar por sus cuatro costados.

"La maté porque era mía", se habrán ido diciendo los incendiarios. Tienen razón: socialmente era roja; urbanísticamente era inmunda. ¡Toda suya! O casi toda. Porque es que si queda alguna piedra en buen estado, habrá que emplearla en levantar un monumento a los pocos eibarreses nuestros, que un queden vivos. Lo merece bien su fortaleza de alma, puesto que pudieron resistir heroicamente durante muchos años la áspera convivencia con esas fieras que huyeron. Muy grande tenía que ser su fe y muy arraigados sus principios, cuando no se disolvieron en aquel ambiente corrosivo de marxismo y separatismo. Y muy extremado era, sin duda alguna, su valor, ya que arriesgaban todos los días vida y hacienda, con solo vivir entre forajidos conscientes.

Aplaudiría uno de buena gana al ver cómo queda la ciudad roja reducida a cenizas. Pero uno no es completamente feroz. Las fieras son las que la incendiaron y volvían la cabeza a verla arder cuando huían hacia el monte rabiosos de impotencia.

Si al menos se hubieran quedado a morir entre sus brasas, no se hubiera podido escatimar del todo la admiración a su gallardía de héroes equivocados.

Pero bien saben ellos que de heroico no tiene nada su gesto, puesto que pretenden hacer creer al mundo que no son ellos los que incendian los pueblos.

Sin gallardía y sin cubil ¿adónde irán ahora esas fuerzas?

AQUEL TAJO PARA CORTAR CABEZAS.....

A los rojos eibarreses les hubiera gustado que no hubiera ardido Irún antes que Eibar. Ya que Irún ardió primero, ha querido que el incendio suyo sea más grande.

En lo de excogitar atrocidades no querían que nadie les llevase la palma. Cuando la intentona de octubre estuve yo también allí en viaje informativo. Tenían en el Ayuntamiento un tajo de carnicero y un hacha enorme para cortar la cabeza a los que no pensaban como ellos querían. Pensaban hacerlo con toda solemnidad. En el mismo salón de sesiones. Allí estaban el hacha y el tajo. ¡Y el verdugo! Yo le ví. Era un motilón de frente angosta, cara de bestia.

Si las tropas tardan un poco más en llegar a la plaza, descuartizan a todas las personas decentes del pueblo.

pintados todavía mira los incendios. En un lenguaje imposible de reproducir, me ha contado sus impresiones de aquella madrugada llena de horror:

—Yo poco bajaba al pueblo, pero nunca creí que había ahí abajo gentes tan malas. ¡Jesús, Jesús, qué criminales! ¡Quemar así hasta la casa en que nacieron! De perros puede que sea eso, pero no de personas. Si se querían marchar, que se marcharan. ¡Pero destruir así lo que les dió de comer toda la vida!

—¿Ustedes sabían que se marchaban aquella noche?

—Claro está que lo sabíamos. Por la tarde estuvieron recorriendo el pueblo y los caseros para decirnos que antes de anochecer tenía que estar fuera todo el mundo, si no quería que le fusilaran o morir achicharrado.

—Pero usted prefirió quedarse.

—Yo nunca pensé que iban a ser tan criminales. Pero de veras le digo que si sé antes todo el miedo que iba a pasar, puede ser que no hubiera tenido valor para quedarme. Al único hijo "motil" que tenía me lo han llevado en las milicias. El nunca había querido saber nada de política ni había trabajado en ningún taller, porque ya tenía bastante que hacer en casa desde que se murió su padre. Pero en el caserío se nos había metido un alojado de esos que habían venido huyendo de otros pueblos. Llegó con su mujer y un hijo pequeño y tuvimos que darles habitación y todo lo que nos pedía. Siempre estaba diciendo que Iñasio, mi chico, era más joven que él y tenía obligación de defender a su pueblo con el fusil y no andar por los prados con la guadaña. El fué el que tuvo la culpa de de que me lo llevaran. Y con ellos se ha marchado.

—¿De donde era el alojado que ustedes tenían?

—De Irún decía que era. Se llamaba Luis. Yo al principio le llamaba don Luis y él se enfadaba: —No me llame usted don Luis, echecoandre; ahora somos todos iguales y camaradas. Pero a la hora de comer a ellos tenía que ponerles la mesa los primeros y darles lo mejor. Yo sabía por él, aunque él procuraba disimularlo, que las cosas iban muy mal estos últimos días.

—¿Cómo lo sabía usted-

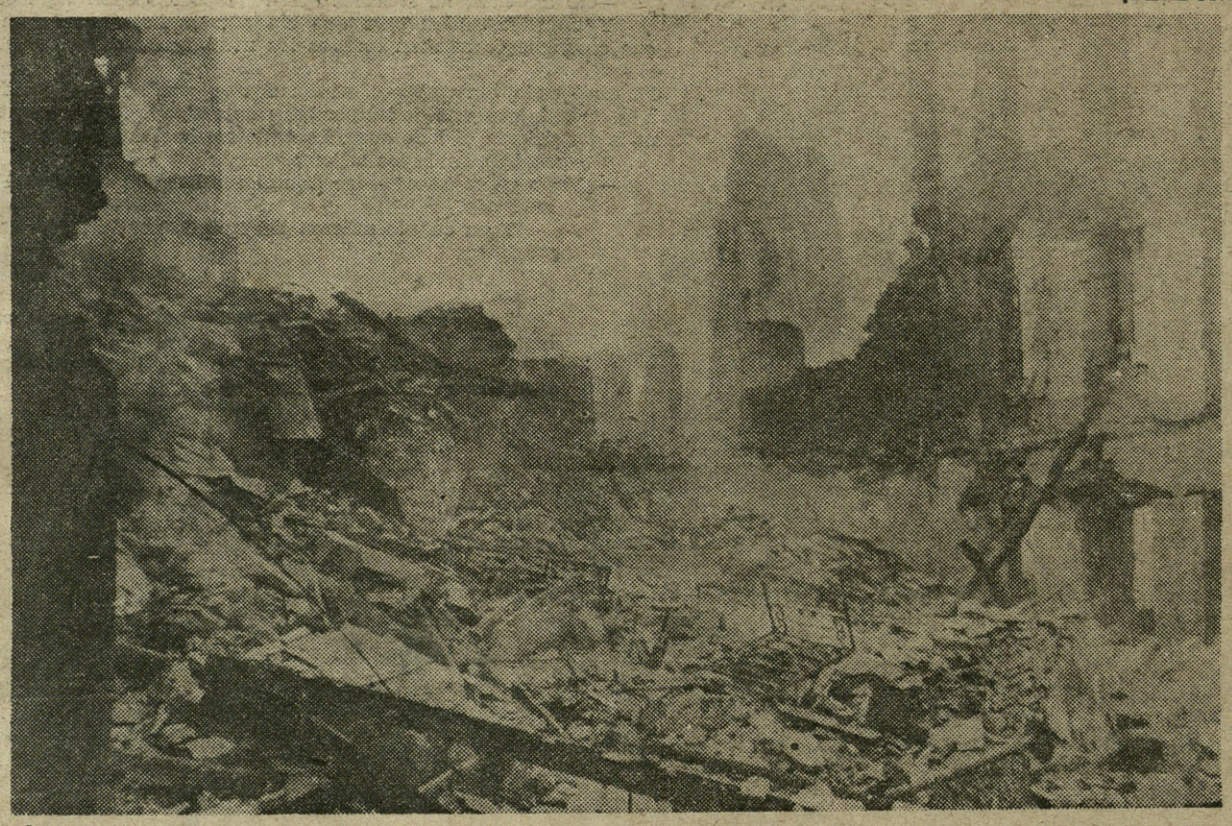
—El otro día, cuando lo de Elgueta, llegó a casa todo sofocado. Venía sin fusil y sin capote, con las alpargatas deshechas. Yo le oí que en la cocina le decía a su mujer: —¡De buena me he librado! Ha sido un desastre. Estamos vendidos. Los jefes son los primeros que huyen. Ya te puedes ir preparando, porque, según va esto, me parece que antes de cuatro días tendremos que escapar a Bilbao. Yo cuando estábamos cenando le pregunté como si no supiera nada: —¿Qué hay Luis? ¿Cómo va eso? —No va del todo mal. Hoy hemos tenido un ataque muy fuerte, pero los facciosos son unos cobardes. En cuanto nos ven salir del parapeto aprietan a correr.

—¿Y él no procuró llevarlas a usted y a sus hijas por delante el día que se marchó?

—Aquella tarde el matrimonio con el chico estuvieron por el pueblo y para cuando subieron ya nos habíamos escondido nosotras en el monte. ¡Pero me lo llevaron todo! Mire usted, mire usted.

Y la pobre mujer me enseña toda la casa desmantelada, las camas sin ropa, rotos los muebles humildes.

—Por bien empleado lo damos todo con tal que se hayan ido para no volver —me decía la hija mayor, que está clavando las patas de una silla de madera.



"¡PERDONALOS, SEÑOR!"

Luego, la pobre vieja me ha contado sus temores de aquella noche. Muertas de miedo la pasaron la madre y las hijas acurrucadas entre las jaras del monte. Oían por las calles llenas de sombras, gritérios de mando, blas femias, ruido de motores apresurados. Y luego aquel tanque, que se veía, perfectamente, negro en la media luz de la madrugada, recorriendo las calles de extremo a extremo y rociando las casas de gasolina. Ya iba siendo de día cuando el incendio brotó

Calles envueltas en llamas, paredones calcinados, restos miserables de ajuares obreros, eso es lo que queda de Eibar, en la que se ha cebado la impotencia marxista.

unánime por los cuatro puntos cardinales de la ciudad.

La vieja "echecoandre" no acierta a describirlo. Se acuerda de él y se tapa los ojos horrorizada, como si aquel resplandor monstruoso la hiciese daño todavía.

—¡Jesús, Jesús! Ni en el infierno tanto fuego junto tiene que haber, creo yo.

Monstruoso tuvo que ser de verdad. Así lo demuestra el inmenso brasero que ahí enfrente estoy viendo todavía. A cualquiera le crispa de indignación los nervios. A Monzón, católico-separatista, cómplice de criminales, puede ser que solo se le ocurriera exclamar como aquel otro día en el patio de la cárcel bilbaína, llena de cadáveres:

—Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!

¡PEGAME UN TIRO SI QUIERES!

La pobre mujer recuerda acongojada todos los horrores que ha visto.

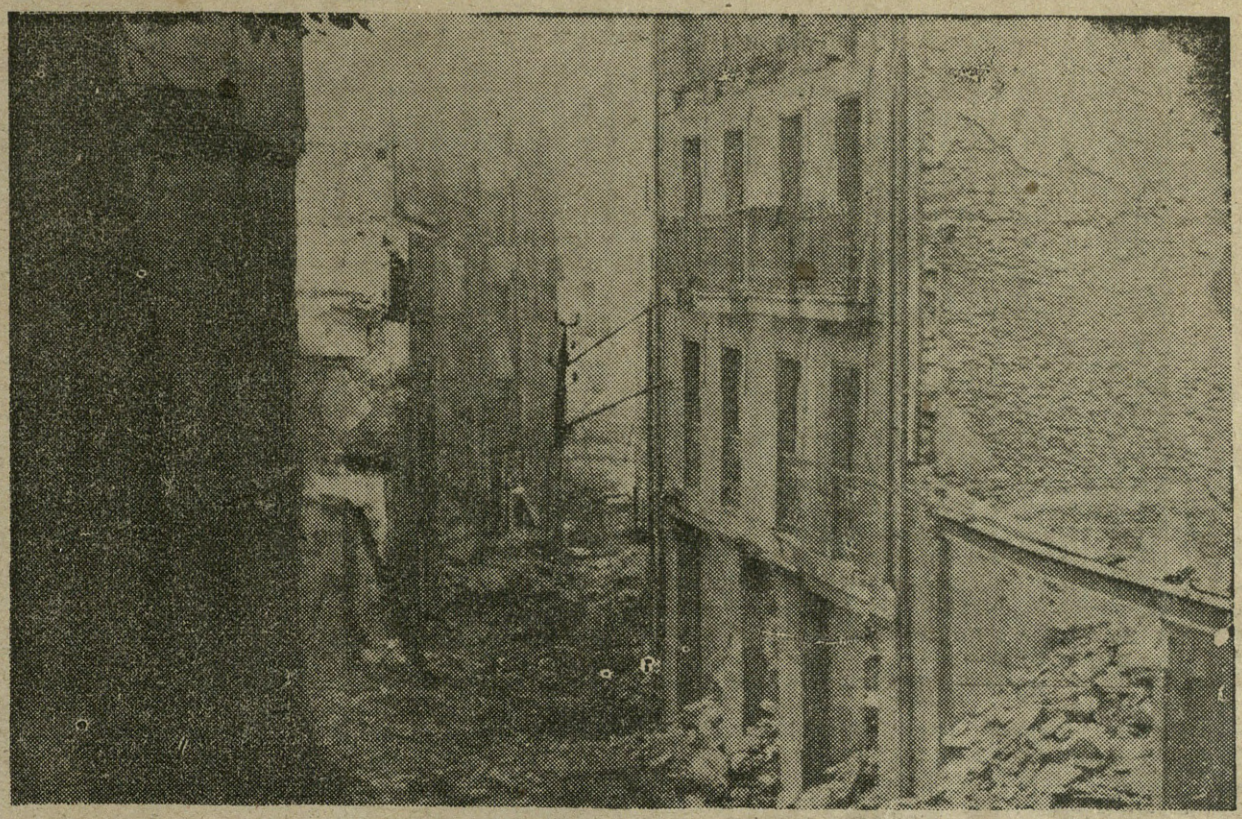
Las manzanas de las casas ardían porque no había gente para atajar la obra destructora ni elementos para oponerlos al vandálico atentado.

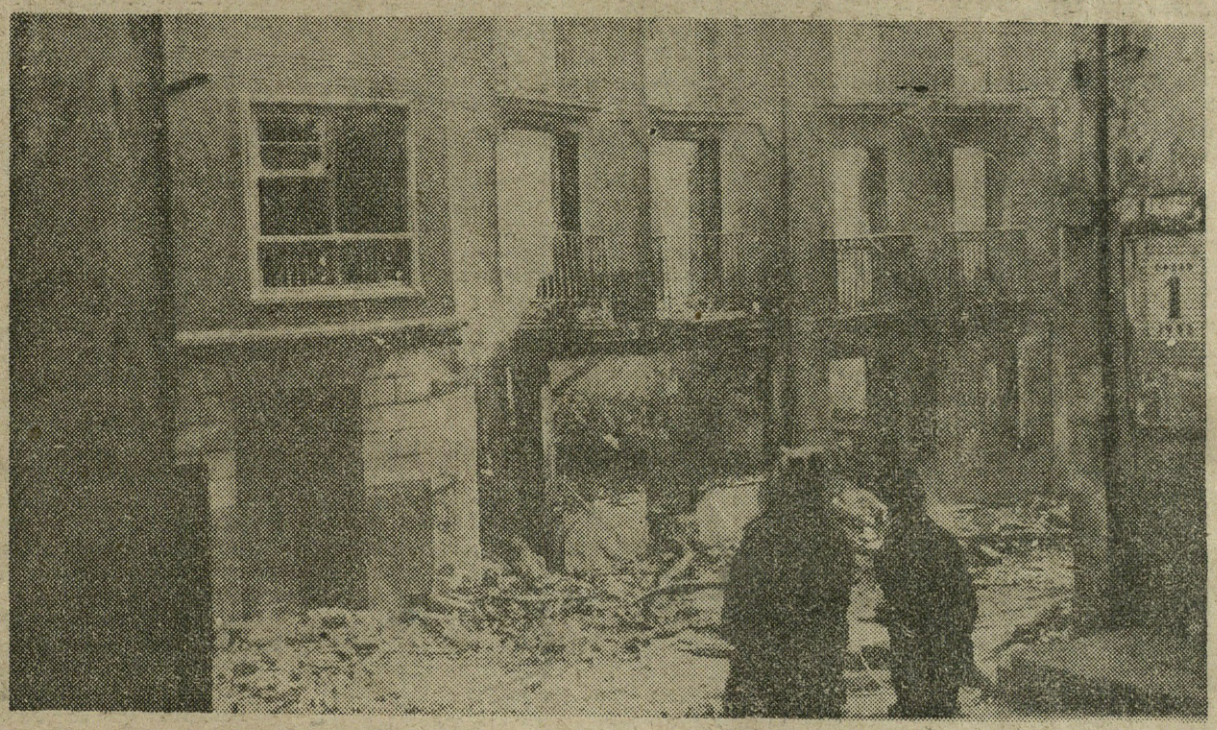
Los incendiarios no descansaron en toda la noche.

Desde las ocho hasta las diez de la mañana, todavía tuvieron tiempo los individuos "seleccionados" para esa innoble misión de consumar su encono terrorista en los barrios a donde la noche antes no llegó su afán destructor, del que sólo ha salido bien librado el llamado barrio rojo.

La calle de Ibarrecruz, una de las más importantes, no existe. Como tampoco la del Rabal. Ambas son un montón de cenizas y teas encendidas.

Los esfuerzos de los bomberos son inútiles. Llegaron primero los de Vitoria, que se pusieron a luchar denodadamente para liberar de la destrucción la zona que parecía menos castigada, o las casas en las que aparentemente se podía atajar el incendio. Pero no había bastantes bocas de riego, ni agua en el río para inundar materialmente el pueblo, porque sólo así hubiera sido posible atender la magnitud de la catástrofe.





El servicio de incendios de San Sebastián actuó también rápidamente para colaborar con sus compañeros vitorianos en su ingente tarea de salvar por lo menos las manzanas de casas a las que no había llegado el fuego.

Las fábricas han desaparecido. Los magníficos exponentes de una industria rica, que competía en muchísimos aspectos con la extranjera, han sido destrozados por el fuego.

Hay sobre todo un episodio que a la buena mujer la impresionó más y me lo cuenta:

—Horas antes de marcharse, los milicianos saquearon todas las casas y se llevaron cuanto podían. Una caravana de carros, muchos bueyes y jumentos iban cargados con todo lo que pudieron robar. Como impusieron que la ciudad fuese evacuada, pudieron a sus anchas apoderarse de cuanto se les antojó.

Aunque quedaron escasos habitantes en Eibar, aquella mañana algunos milicianos sueltos intentaban que aquéllos les siguieran. Pistola en mano, les hicieron salir al monte. Como nuestra aviación actuaba por las cercanías y algunas bombas cayeron cerca de los que huían y de los que eran obligados a que lo hiciesen también, aprovecharon la circunstancia de que los milicianos tenían que refugiarse contra la metralla para desentenderse de ellos.

También se llevaban a cuatro o cinco muchachas; pero una de éstas, agotada por el cansancio y la desesperación, se echó a tierra y dijo al que le obliga a seguirle:

—¡Mátame! ¡Pégame un tiro si quieres! Pero no me fuerces a dar un paso más, porque aunque quisiera no podría.

Aquel individuo, que en un fardo llevaba el ajuar de la que se quejaba, no le hizo caso y siguió adelante, creyendo que con la amenaza de privarla de sus prendas la forzaría a que no se detuviese.

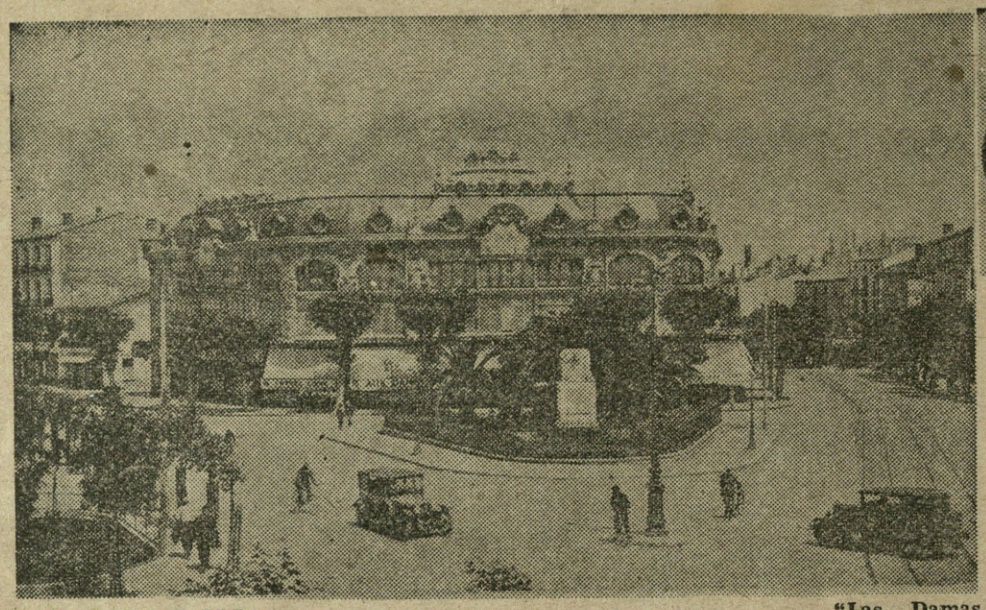
Ella se refugió en un caserío y prefirió perderlo todo a ausentarse, en el momento crítico en que se oían los gritos de triunfo de nuestros soldados que llegaban.

JUAN de HERNANI

Por estas calles pasó de madrugada aquel tanque siniestro rociándolas de gasolina para que luego la tea incendiaria matara la obra destructora

Ftos. MARIN

Notas de un español



"Las Damas de Francia", almacén de confecciones bazar y tienda de bisuterías.

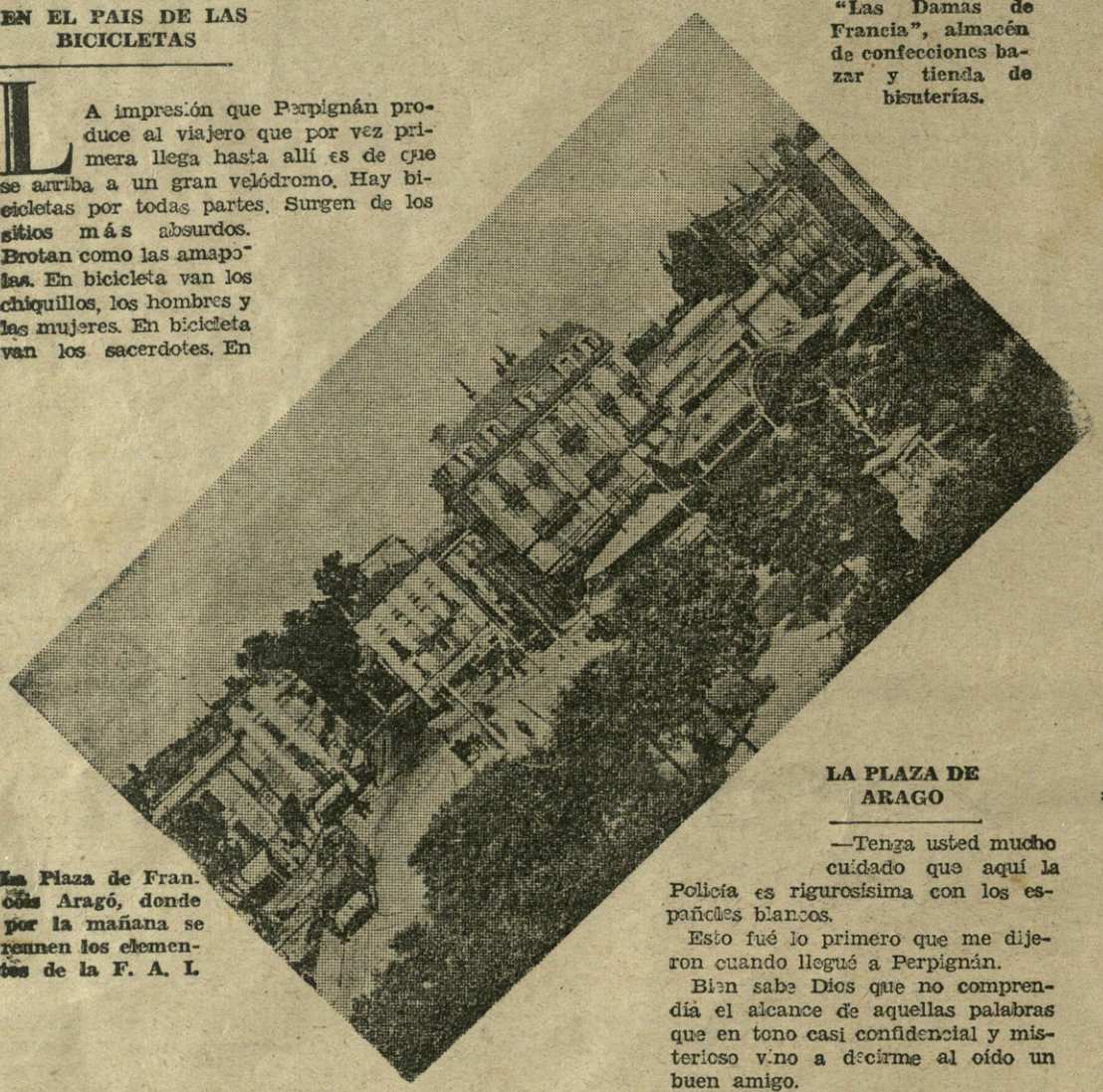
EN EL PAIS DE LAS BICICLETAS

LA impresión que Perpignán produce al viajero que por vez primera llega hasta allí es de que se arriba a un gran velódromo. Hay bicicletas por todas partes. Surgen de los sitios más absurdos. Brotan como las amapolas. En bicicleta van los chiquillos, los hombres y las mujeres. En bicicleta van los sacerdotes. En bicicleta van las respetables ancianas muy emperifolladas, sin darle "a la cosa" la menor importancia. Esto es lo que primeramente sorprende al viajero: el creer que va a encontrarse con un pueblo más o menos bonito, más o menos atractivo y ver convertida su ilusión en el más vulgar, prosaico y deportivo velódromo.

Por otra parte, causa verdadera risa ver la legión de prehistóricas damas sobre el aparato velocipédico, que, ausentes de todo "el que dirán", recorren las calles y cruzan las carreteras, siempre "a lo suyo" y como si nada tuviera importancia. En Francia, y en Perpignán principalmente no hay término medio: o mujeres verdaderamente elegantes o birrias completamente absurdas. Y en Perpignán hay mucho más de lo segundo que de lo primero.

Confieso mi temor. Llegué al Departamento de los Pirineos Orientales con ciertos recelos. ¡Me habían hablado tanto de Perpignán! Esperaba encontrarme por los vericuetos de la villa con hombres tenebrosos, preparados para agarrarme por las solapas y meterme tierra roja adentro, manos misteriosas que me atenazasen, ¡qué sé yo... A fuer de sinceros, he de decir que también en esto me llevé una "desilusión". Claro es que hay que saber nadar y guardar la ropa, pisar firme y no fiarse ni del que parece más amigo. Hay que recelar de todo; pero teniendo esa precaución, se puede, por lo menos en apariencia, vivir unos días en Perpignán.

Y cinco días con sus noches he vivido en la cuna de la F. A. I. catalana.



La Plaza de François Aragó, donde por la mañana se reunen los elementos de la F. A. I.

LA PLAZA DE ARAGO

—Tenga usted mucho cuidado que aquí la Policía es rigurosísima con los españoles blancos.

Esto fué lo primero que me dijeron cuando llegué a Perpignán.

Bien sabe Dios que no comprendía el alcance de aquellas palabras que en tono casi confidencial y misterioso vino a decirme al oído un buen amigo.

—¿Y eso, por qué?

—¡Ah! ¡Cómo se vé que es usted forastero! Aquí hay un cónsul rojo, Puig Pujadas se apellida, procedente de la F. A. I, que "protege" a los anarquistas a "capa y espada"; hay un "Centro Español", que no tiene de español más que el nombre, presidido por un vasco—Rufino Iruretagoyena—y que también se "desvive" por los treinta mil "compatriotas" que en Perpignán están sin querer saber nada de lo que pasa en la tierra liberada por las tropas de Franco. Aquí en Perpignán hay espías por todas partes, sombras fantasmagóricas que le persiguen a uno para conocer todos los pasos que se dan. Por eso le digo que hay que andarse con mucho cuidado. La Policía francesa, aparentemente, se muestra como neutral. Pero esto es sólo en apariencia. En el fondo y en la forma ayuda franca y decidicamente a los rojos. Usted mismo lo verá a poco que ande por Perpignán. Cualquier cosa de extralimitación en un forastero de la España Blanca es condenada inexorablemente. Por el contrario, todo lo delictivo que pueda cometer un mal español de la España Roja, es pasado benévolamente por los que tienen la obligación de ejecutar la justicia y mantener el orden.

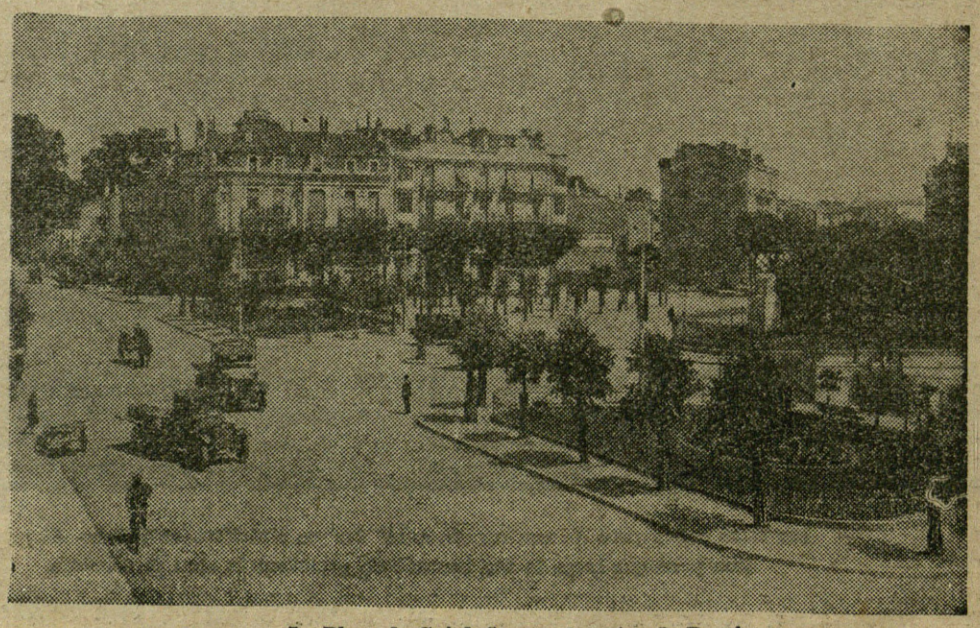
Con tales antecedentes salí del hotel la primera mañana—mañana de sol primaveral—que amanecí en Perpignán. Mi hotel está a dos pasos de la famosa plaza de François Aragó. Un gran kiosko, "El Palmarium" mezcla de café, bar y aguaducho, preside la circunferencia urbana, a la que también da prestancia y carácter la estatua de Aragó.

Al lado de "El Palmarium", que a estas horas soleadas está lleno de tipos de las más diversas cataduras hablando un francés catalanizado, haciendo grandes aspavientos y profiriendo los más repugnantes insultos acerca de nuestro movimiento salvador, hay unos puestos donde se luce, para ser leídos, la mayoría de los periódicos francamente extremistas franceses y españoles. Este es uno de los espectáculos más tristemente pintorecos de la mañana en Perpignán. En racimos, unos sobre otros, empujándose para ser los primeros en saturarse de la bazofia periodística con tintas de linotipia, aquella gente, que me daba la sensación de los auténticos apaches, se regodeaba con la sarta de mentiras, con el cúmulo de falsedades que, en forma de dogma, aparecían en aquellas columnas apretadas.

Yo me detuve como uno más. Me costó gran trabajo "llegar a primera fila". Bien es verdad que tampoco tenía mucha gana de andar a empujones con aquella gentuza. Al fin, gané mi puesto.

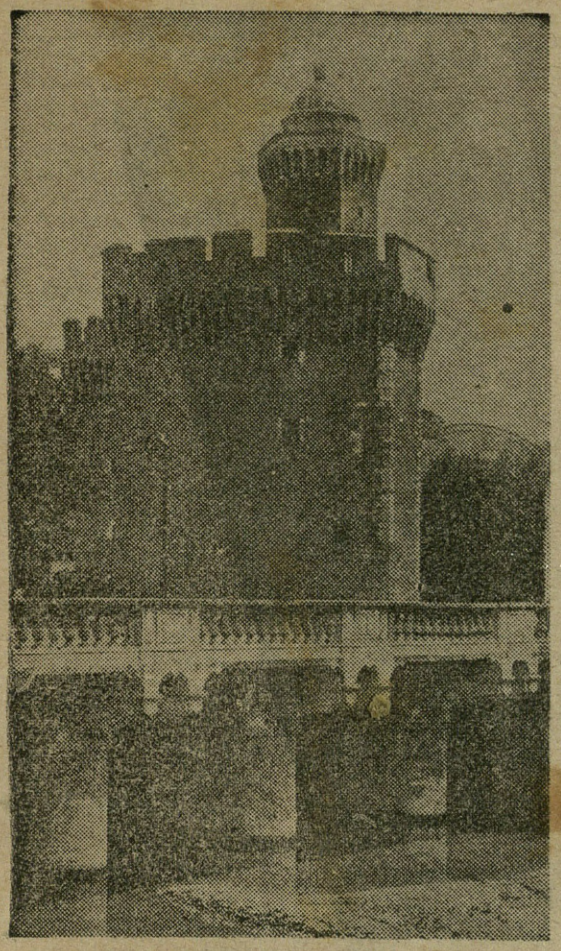
Poco tuve que leer para salir asqueado de aquel lugar donde todos los productos de la escoria, toda la auténtica "pegre" estaba allí. Aún al aire libre me ahogaba en aquella atmósfera.

Así transcurren las tres horas que siguen a las nueve. A las doce de la mañana, poco a poco, la fauna de la F. A. I. va desapareciendo para cobijarse en sus cubiles malolientes y devorar el rancho. De doce y media a dos, la plaza de Aragó conserva, también en apariencia, una normal fisonomía. "El Palmarium" deja de estar abarrotado, el kiosco de periódicos queda sin gente y solamente las bicicletas, en su ir y venir continuo, son las dueñas de la plaza François Aragó, que en lo alto de su pétreo pedestal saluda a los que pasan.



La Plaza de Cataluña, en el centro de Perpignan.

5 días en PERPIGNAN



El Castillet, famoso en la historia de Perpignan.

EL CAFE DE LA LOGE

No se concibe en Francia empezar el almuerzo sin antes haber saboreado el aperitivo. La hora del "aperitif" es tan necesaria o más que la misma hora de la comida. En el aperitivo se habla de negocios, de asuntos amorosos, de la guerra, de espionaje, de todo lo bueno y lo malo de la actualidad.

Yo acudía, para ser uno más en las costumbres francesas, a tomar el aperitivo al café de la Loge, casi por frente al de Francia. El café era francamente simpático. Me recordaba a los antiguos de Madrid que el tiempo ha hecho desaparecer. Al mismo Pombo, al de Platerías, al del Progreso, al del Antiguo Levante de la Puerta del Sol. El café de la Loge conserva unos óleos que dan sabor de cosa vieja y agradable. Unas arañas de cristal con su luz mortecina, que igualmente marcan el correr de los tiempos. Unicamente unas grandes bombillas le dan prestancia moderna.

En esta hora del mediodía, la gente descansa en la terraza de la calle. Muchas mesas y muchas caras bonitas.

Cerca de donde me encuentro hay tres rostros de inconfundible marco parisino. Son tres mujercitas que no dejan de mirarme. No he de caer en el pecado ridículo de la vanidad a estas alturas. Pero, desde luego, lo que sí aseguro es que me miran y cuchichean. Sin duda han notado ya que soy un forastero o, por lo menos, alguien que no conocen como habitual del café de la Loge.

—¿Te has fijado?—me dice al mismo tiempo que sonríe uno de los amigos que junto a mí comparten el aperitivo.

—Claro que me había fijado.

—¿Las invitamos?

—No desean otra cosa; además, aquí en Francia es lo más corriente.

No tuve más que hacer una pequeña insinuación para que las tres francesitas vinieran a nuestra mesa.

Las tres gracias, y no precisamente de Rubens, me reservaban las más agradables de sus sonrisas. A los dos minutos charlábamos como si nos hubiésemos conocido toda la vida. Un palique de cosas intrascendentes. Un dialoguillo frívolo, pleno de amabilidades y de encanto. Para esto se pintan solas las francesas. Pocas como ellas para el artificio de una coquetería y la gracia de un rato de conversación.

—¿Sus nombres, señoritas?

Las tres me respondieron al instante.

—Madó.

—Suzanne.

—Colette.

Las tres rubias, de un rubio platino cuidado a fuerza de desvelos y de sacrificios. Las tres, con los ojos azules, las tres casi con la misma vestimenta. Tres eran, tres, y creo que ninguna era buena.

A su hora—y la hora era la de la una y media—las tres me dejaron solo.

—Bonjour, monsieur—me dijeron a coro. Me alargaron su mano leve y desaparecieron calle abajo, camino de "Villa Fleurise".

—¿Te han gustado?

Sería ridículo haber respondido negativamente.

—Pues ten cuidado. Las tres. Madó, Suzanne, y Colette, son espías rojas. Cobran grandes sueldos de la Generalidad; viven una vida aparentemente intrascendente, pero dentro de su alma llevan un enorme caudal de interés y juegan en estos momentos trágicos que vivimos, un importantísimo papel.

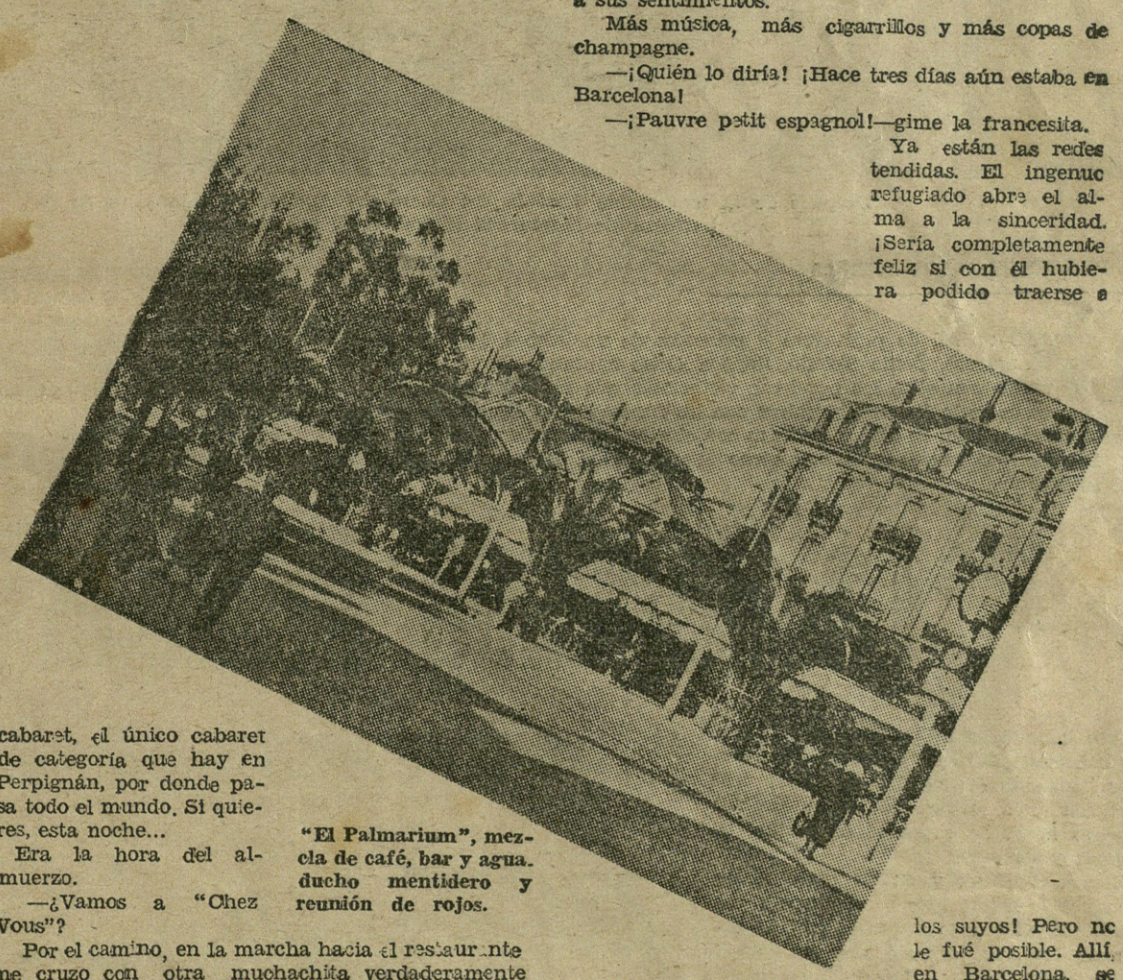
—Hombre—respondí—ahora sí que me interesan estas chicas. ¿Dónde podría verlas?

—Nada más fácil. Mañana vendrán aquí sin decirte ya nada, se sentarán a tu lado, y poco a poco te irán haciendo preguntas para que tú "piques".

La aventura era cada vez más interesante.

—¿Y no vienen más que a este café?

—¡Oh, no! Acuden a otros muchos y diferentes. Su lugar habitual es "La Taberna", un cabaret, el único cabaret de categoría que hay en Perpignán, por donde pasa todo el mundo. Si quieres, esta noche...



"El Palmarium", mezcla de café, bar y agua. ducho mentidero y reunión de rojos.

Era la hora del almuerzo.

—¿Vamos a "Chez Vous"?

Por el camino, en la marcha hacia el restaurante me cruzo con otra muchachita verdaderamente atractiva.

Mi amigo la saluda al pasar.

—Bonjour, Lilí—la grita de una acera a la otra.

Lilí, breve y cimbreante, ágil y escueta, responde con una sonrisa tan falsa como todo el maquillage de su carita ovalada.

—¿Y ésta?

—Con ésta, mucho ojo, amigo. Dios te libre de las aguas mansas. Ahí donde la ves, la petite Lilí tiene en su haber más de un asesinato.

Me detuve en seco. ¿Más de un asesinato?

El amigo me lo explica .

—Lilí es también espía. Pertenece a la organización del segundo Bureaux, pero también cobra por "ir con el cuento" a la F. A. I. de Barcelona. Es el número de "mayor atracción" de "La Taberna". La mujercita más hábil, la que mejor se presta al fácil y al íntimo escarceo.

—Pero...

—Para ella no hay nada más sencillo ni menos comprometido. Verás: Aquí a Perpignán acude diariamente mucha gente fugada de la capital de Cataluña que encuentran ¡figúrate! en este Departamento un oasis al caos rojo de Barcelona. El que aquí llega, escapado del infierno catalán, se cree hallarse en la misma gloria. Después de varios meses de escondite, de haber estado expuesto al "paseo" criminal, o haber logrado escapar de una cheka o de una cárcel, viven estas horas de Perpignán como en un remanso. Verdaderamente hambrientos de tranquilidad y de libertades. Están aquí dos o tres días; ¡todos desean pisar España cuanto antes! Por la noche, ¿quién no echa una cana al aire? Y al cabaret, a "La Taberna" acuden casi todos para olvidar aquellas horas de angustia pasadas.

Entonces es cuando Lilí entra en acción. Primero, son frases amables para el hombre que llega maltrecho, todo palabras de condenación para la canalla roja. Así transcurre más de una hora. Entre música, cigarrillos rubios y copas de champagne.

El hombre es débil y la mujer, astuta. Y más, Lilí, gracia y compendio de todos los refinamientos y resumen de todas las sagacidades. Poco a poco, el refugiado se confía, olvida que el espionaje le acecha y no piensa más que en dar rienda suelta a sus sentimientos.

Más música, más cigarrillos y más copas de champagne.

—¡Quién lo diría! ¡Hace tres días aún estaba en Barcelona!

—¡Pauvre petit espagnol!—gime la francesita.

Ya están las redes tendidas. El ingenuo refugiado abre el alma a la sinceridad. ¡Sería completamente feliz si con él hubiera podido traerse a los suyos! Pero no le fué posible. Allí, en Barcelona, se dejó a su mujer, a sus hermanos, a sus hijos...

La noche avanza. En sus sombras, por la calle en silencio, avanza la pareja. Lilí va del brazo del español. Un hotel discreto. Lilí y el español se pierden en la obscuridad.

. ...

A la mañana siguiente, el "informe" sale para Barcelona. Tres o cuatro días más tarde, la familia del fugado cae en poder de la F. A. I. La mayoría de las veces no vuelve a saberse más de ella.

Y así una vez y otra... Con éste, con aquel que llega...

Manuel TALAVERA.

(En el próximo número, continuación de este reportaje: "¡La F. A. I.!")

Después de la memorable jornada del Cerro del Aguila, un falangista de la Bandera de Marruecos convalece de sus heridas.

EL PRESENTE A LOS AJENOS

BAJO un sol de primavera a primeros de noviembre, la Falange de Marruecos, desde Toledo, llegó a Olías cantando su himno y llevando con ellos las banderas victoriosas que profetizó el poeta.

Los versos de la Falange rimaban con los fusiles de las falanges morenas, doradas con la luna de allá y curtidos con el aire que abanican las palmeras.

Los campos sagreños, llanos como sus desiertos, les ofrecían quimera, que aceptaron.

cos, con la boca arrancaba los cintajos de las bombas que al enemigo enterraban en las zanjas en donde nos aguardaba.

La fiereza que empleó para defender el pueblo toledano, se ha repetido pocas veces, porque aún soñaban con la reconquista de Toledo.

Olías fué para España y en la batalla perdió el comunismo muchos hombres. También nosotros perdimos.

Recuerdo que los nuestros todos fueron retirados en las ambulancias, como, después, fueron retirados los heridos rojos; en el campo sólo estaban los muertos por la causa ajena.

Los falangistas, uno a uno, fueron poniéndoles en fila, y cuando todos los cadáveres tendidos dejaban su mirada muerta llegar al cielo, las tropas que del tropical arcano vinieron a matar y a morir, desfilaban en señal de homenaje por los muertos enemigos.

—Un presente para todos los que, defendiendo su ideal, murieron—decía el jefe de la Bandera—que Dios les perdone, que nosotros ya les hemos perdonado, y ahora mismo les daremos tierra.

Y diciendo las últimas palabras, las medias lunas falangistas, firmes y con el brazo atravesado sobre el pecho, cantaban su cara al sol, lleno de gloria y amor.

Por esto el Alto mando felicitó a nuestros camaradas en el mismo momento, y después les concedía la primera Medalla Militar de la serie.

La Segunda Medalla Militar

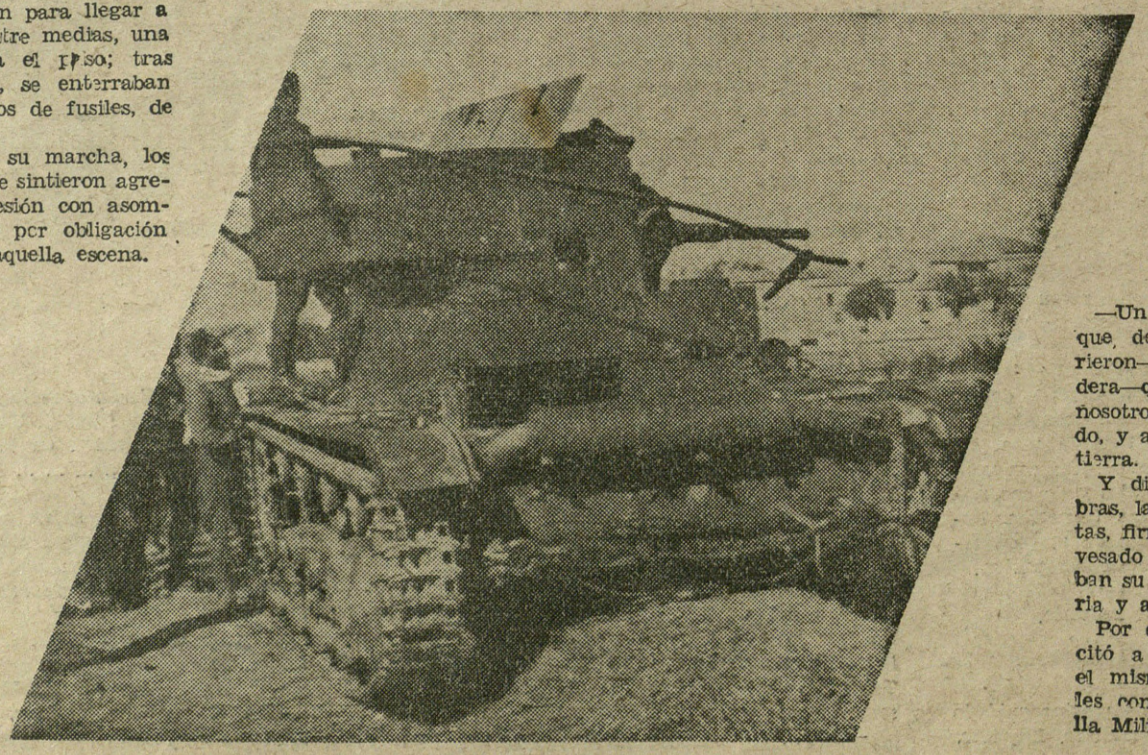
Tres kilómetros faltaban para llegar a las orillas de Olías, y entre medias, una alambrada que prohibía el paso; tras ésta, en una trinchera, se enterraban muchos hombres, armados de fusiles, de bombas y de odio.

Iban a Madrid, y en su marcha, los mozos de la media luna se sintieron agredidos. Repelieron la agresión con asombro de los que, aunque por obligación éramos espectadores de aquella escena.

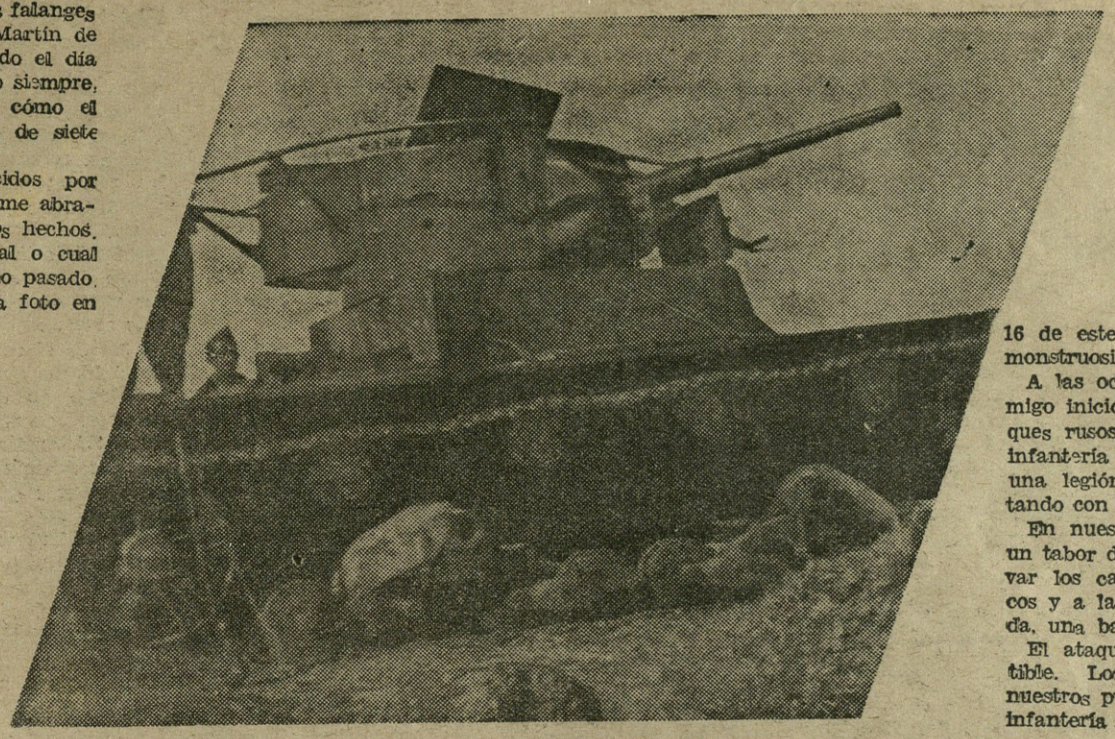
Las guerrillas se desplegaron según órdenes y todos en su puesto entre el metal mortífero, siguieron hasta las alambradas. Allí unas manos rápidas manejaban no sé qué herramienta cortante...

—¡Venga! ¡Ya está! —voceaba el falangista mientras horizontal, en el sitio de su hazaña tiraba al enemigo.

Cuando las falanges habían soltado los impedimentos, el joven que franqueó la barrera de pinchos metáli-



Uno de los carros de asalto rusos cogidos al enemigo en la última ofensiva de Madrid.



Otro carro también cogido a los rusos.

para la Bandera de Marruecos

Cuando vuelvo a ver a los falanges marroquíes están en San Martín de la Vega. Lo habían tomado el día anterior, y yo llegaba, como siempre, con el loco afán de ver cómo el pueblo, quedaba después de siete meses de vida moscovita.

Los falangistas, agradecidos por mi pobre crónica de Olías, me abrazaban y me referían nuevos hechos.

—Si hubieses visto en tal o cual —comentaban con orgullo lo pasado, y después de hacernos una foto en un patio de San Martín, pasé la noche con ellos, que bailaban, alegres, con el mismo estilo que un fandanguillo, una ópera; según lo que mi viejo gramófono tocase, encontrado en una trinchera enemiga.

Al día siguiente (día 14 de marzo, inconmensurable para la historia) salí sobre las seis de la mañana, para las posiciones que estaban en La Marañosa, con un camarada marroquí, quien presentía la tragedia. Antes de llegar a una de las trincheras, un camarada leía una carta con gran interés, al parecer. Nos acercamos y, después de presentarme, le pregunto:

—¡Qué! ¿Carta de familia?

—No—me contesta—es la madrina. ¿Tú vas a marchar a la retaguardia?

—Sí, por supuesto.

—Pues voy a escribir ahora mismo para que te lleves la contestación, porque hoy parece ser que va a haber "fregao". ¿Tienes un lápiz?

—Sí. Dime, ¿hay síntomas de ello?

—Creo que sí Se han visto, según me han dicho los de observación, a muchos enemigos concentrados en el olivar.

—¿Qué olivar?

—Ese de enfrente, que ya ayer nos dió un poco quehacer.

Y después de darle el lápiz, con el que el hombre había de escribir a su madrina antes de que el enemigo lo impidiese, marchamos a los puestos de ametralladoras, desde donde presenciamos el contraataque rojo.

¡Oh! lectores. Si mis notas no se perdiesen y todos los detalles estuviesen impresos, la historia contaría con lo que no podría contar porque, sin precedentes, lo ocurrido el 14, 15 y 16 de este mes, es de tan sublime monstruosidad, que parece increíble

A las ocho de la mañana el enemigo inició el ataque con ocho tanques rusos a la vanguardia de una infantería inmensa. En el espacio una legión de "ratas" volaba matando con sus trágicas ametralladoras.

En nuestro campo, pegado al río un tabor de Regulares, frente al olivar los camisas azules de Marruecos y a la derecha, frente a Arganda, una bandera de la Legión.

El ataque de frente es indescriptible. Los tanques ametrallaban nuestros puestos. Los morteros de la infantería comunista destrozaban las trincheras y cuando nuestros héroes las evacuaron para, desde fuera, horizontalizados sobre el suelo, defenderse, los pájaros mortíferos disparaban las cintas con ametralladoras y algunos hasta bombas dejaban caer sobre los cuerpos de los soldados de la Falange y de España.

Nuestra artillería, siempre cierta, disparaba contra el enemigo, pero como el combate era tan cerca, nuestros proyectiles pasaban rozando las cabezas de los falangistas. Pero... lectores, estos camaradas, haciendo honor a la tierra en donde nacieron, no retrocedieron un paso.

Los tanques llegaron hasta nuestro campo; pero no volvieron.

Las bombas de España, lanzadas por los africanos, incendiaron las má-

Falangista de la gloriosa Bandera a la que se ha propuesto para la segunda Medalla Militar.

Un falangista de la gloriosa bandera de Marruecos.

quinas que para matar tiene en España el Gobierno ruso.

Durante cuatro días se repitió el siniestro intento de los rojos.

Durante cuatro días la muerte en las filas de la media luna sació sus instintos. No por esto los puestos se modificaron; por el contrario: hoy somos dueños de "El Olivar", donde cada planta vomita muerte y metralla contra los ejércitos salvadores.

Por esta hazaña volvieron a ser condecorados los de Marruecos.

Hoy se ha confirmado la noticia de que en el Cerro del Aguila, el Alto Mando, por tercera vez, condecora a los que del Arcano del fuego vinieron para contribuir con la sangre a la salvación de la Patria querida.

* * *

Vosotros, falangistas marroquíaes, habéis logrado para nuestra historia, que es la vuestra, motivos que con letras de oro quedarán escritos para que eternamente, como lección de heroísmo en las aulas en donde se expliquen los sucesos de nuestra gesta, sean inmortales.

Vosotros seréis el tema del estudio. Vosotros seréis el asombro de las nuevas generaciones, cuando, al leer, vean que os detuvisteis por ser los primeros en la muerte.

Vosotros, los pocos que quedáis, seréis los que, al referir vuestros hechos, entre la admiración de los oyentes, escucharéis voces vagas que dirán:

"Son los mejores".

Y así seguiréis la senda emprendida por los que, al grito de "Arriba España", supieron morir por la Patria y por la Falange.

Cuando salísteis de vuestras casas, abandonásteis vuestros hogares, decididos a dejar vuestras vidas por la España de vuestros amores.

Vinísteis al campo de Castilla y entonando el himno que os impulsó al sacrificio, no vacilásteis en dar vuestra sangre, sangre preciosa, sangre generosa, sangre joven y, como tal, ardiente.

Y cuando los pocos que quedáis podáis volver a vuestros hogares, podréis decir que supísteis luchar como buenos y morir como los mejores.

España siempre recordará vuestras heroicas hazañas en El Olivar y en cuantas partes habéis luchado.

España no podrá olvidar nunca a los buenos falangistas de la Bandera de Marruecos.

¿Creéis que se pueden olvidar las hazañas por vosotros realizadas?

No lo creáis. Creed más bien que la gratitud será eterna.

Y la España Una, Grande y Libre que vosotros vísteis amanecer, será, merced a vuestro esfuerzo, el gran Imperio soñado por los españoles dignos y honrados, amantes de su Patria que un buen día se alzaron en armas contra una tiranía absurda.

Tres veces condecorados, tres veces distinguidos por el Alto Mando.

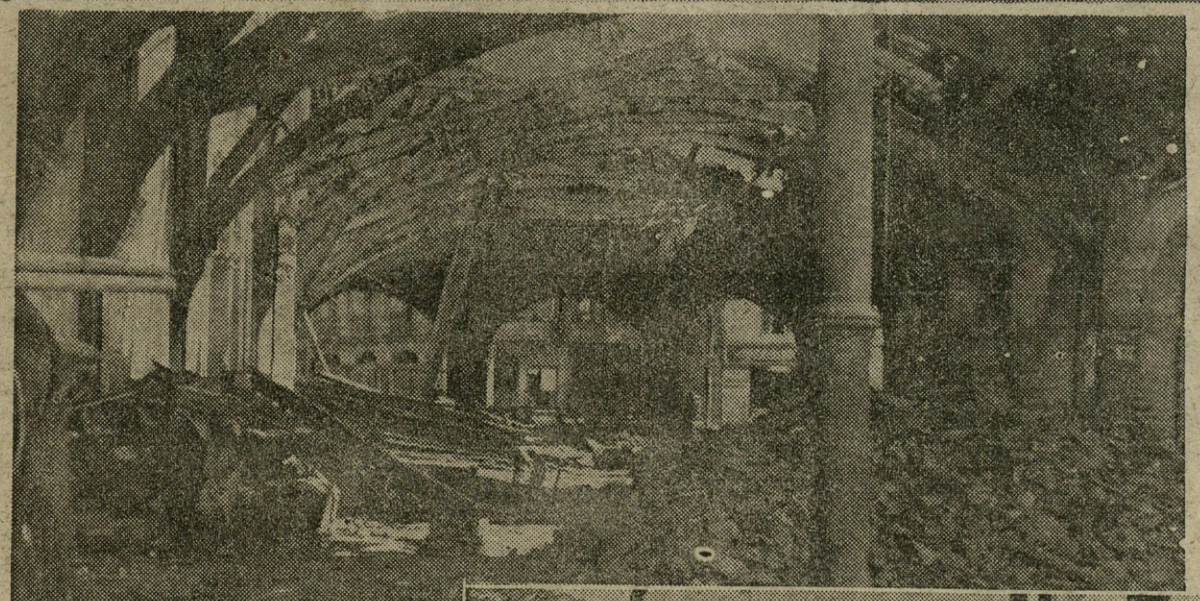
Eso no lo olvidará nunca España.

Pablo Sigüenza.

Un grupo de heróicos falangistas de la bandera de Marruecos

Nuestro redactor Alcázar de Velasco conversando con un camarada de la Bandera de Marruecos

ESPAÑA en DURANGO



Los milicianos rojos, que van cayendo en nuestro poder lo dicen sin rebozo:

"Cuando salimos de Bilbao solo se confiaba en la resistencia que pudiera oponer Durango. En Bilbao nadie tiene ya ánimos para resistir."

Los tendrán menos, decimos nosotros, cuando allí se enteren de la magnitud de la catástrofe.

Los batallones que defendían Durango lucharon más que con valor con desesperación, porque estaban copados y se veían perdidos.

Nuestros soldados los vencieron porque eran mejores y por el entusiasmo de mejor calidad, que sabían infundirles sus jefes.

En Bilbao estarán ya enterados sobradamente de su gran desastre de Durango, pero las noticias que tengan no serán directas. Ninguno de los suyos pudo llevárselas. El que no quedó muerto en

Bajo las recias piedras del pórtico de María y de las casas asaltadas por nuestros soldados quedaron sepultados centenares de milicianos rojos.

AL derrumbarse estrepitosamente el frente de Vizcaya, algunos batallones vascos que pasaban huyendo por Durango, debieron sentirse llenos de vergüenza. Pasaban junto al pórtico de la iglesia de Santa María y aquellas recias piedras les trajeron tal vez un recuerdo de la fortaleza de sus padres, que ellos ya habían perdido. Al amparo de ellas se parapetaron para resistir la acometida de nuestras tropas. Inútilmente. Allí quedaron todos.

El asalto a Durango por las tropas del general Mola ha sido uno de los episodios más gloriosos de esta guerra. Y será decisiva para la conquista de Bilbao.

las calles o al intentar huir cayó prisionero.

El momento de la desbandada fué de lo más trágico que en esta guerra se ha presenciado. Ellos se habían resistido esperando como siempre mentidos refuerzos, especialmente de aviación, que no llegaron.

El fuego de nuestros cañones fué apagando el de sus ametralladoras y sus morteros, que disparaban alocadamente. Entonces intentaron huir por varios lugares que creían libres del alcance de nuestras armas. Pero la metralla les cerraba todas las salidas y nuestras casas, bajando a ras de tierra, los cortaban la huída.

Y entonces vino el asalto final que ellos temían. Fué una lucha épica, de hombre a hombre. El fusil no tenía allí empleo posible. Se veían brillar los machetes. Por encima de las barricadas de sacos terreros saltaban boinas rojas y camisas azules confundidos con los soldados, agarrándose a los mismos cañones de las ametralladoras.

El enemigo huía espantado de tanto valor, sin saber hacia dónde. El cerco en torno a Durango era cerradísimo y por donde quiera que intentaban escapar les salían al encuentro las bocas de los fusiles. Los que podían hacerlo, se entregaban sin condiciones.

Ni los muertos ni los prisioneros han podido contarse. Las calles quedaron cubiertas de cadáveres y al entrar nuestros soldados en las casas, encontraban en todas ellas muertos y heridos que pedían auxilio con gritos angustiosos, porque los suyos, al huir, no habían querido prestárselo. Los trimotores hicieron volar algunas casas, en las que se habían refugiado las fuerzas rojas. Casa hubo de la que tuvieron que evacuarse, entre muertos y heridos más de sesenta milicianos.

Se puede anticipar que aunque el desastre sufrido por las tropas rojas estos últimos días, no se puede calcular fácilmente, el que se avecina va a ser mucho mayor. No es solamente el frente de Vizcaya el que se derrumba, sino el del Norte en toda su extensión.

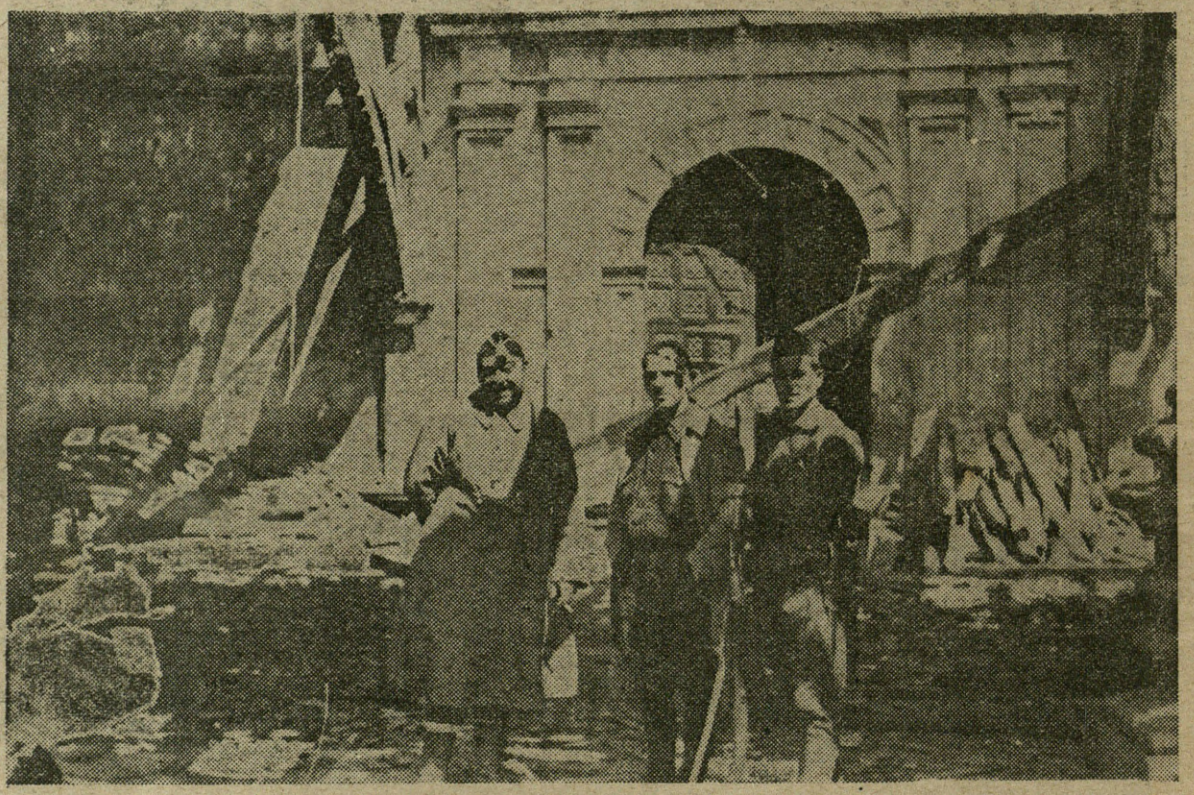
Nuestras tropas no pueden ser contenidas en su impetuosa carrera hacia los objetivos que el Alto Mando les tiene señalados.

Las operaciones han entrado en una sucesión vertiginosamente, con resultados etapa de acontecimientos, que se han de que tal vez nos sorprendan por su forma imprevista.

El general Mola sabe a dónde va y va siempre de manera rápida y segura.

Tenían emplazadas varias ametralladoras en la torre de la iglesia desde donde lanzaban continuas ráfagas contra la carretera para interceptar la circulación. No lo consiguieron. Los coches pasaban como si la normalidad fuese completa y la carretera una pista dedicada exclusivamente a excursiones de placer.

Los morteros de los carabineros, que componían la mayor parte de las fuerzas regulares en Durango, lanzaban su metralla contra el puente, porque temían que nuestros carros de asalto acompañasen a nuestras fuerzas por



Al entrar en Durango nuestros soldados encontraron las iglesias destrozadas, las casas y los comercios saqueados por los rojos antes de huir

aquella parte. En los caseríos inmediatos a Durango y en cementerio las ametralladoras rojas funcionaban sin cesar, derrochando municiones, como si de aquella manera pretendiesen impedir el asalto que temían.

Los falangistas y los soldados se ofrecían a los jefes para deshacer la resistencia en el pueblo y entrar en él, costase lo que costase.

Los jefes de las columnas se felicitaron del coraje y de la decisión de sus fuerzas, pero aconsejaron a éstas que tuviesen calma, porque solo era cuestión de esperar unas horas y la resistencia enemiga caería por sí sola.

Por la noche se asaltaron algunos caseríos, en donde los grupos de carabineros y milicianos se hacían fuertes con bombas de mano y fusiles ametralladoras.

Amparados en la noche y sufriendo el fuego que los rojos les hacían a discreción, nuestros soldados lograron reducir a éstos.

Se llegó hasta las mismas casas de y se aconsejó a los que en ellas se batían fortificado que se entregaran sin más tardanza, porque estaban perdidos.

Aun se resistieron algunos y siguieron disparando, pero hubieron de someterse poco después, porque vieron que no lograban otra cosa que agravar la situación.

A la mañana siguiente reanudaron nuestras baterías sus disparos haciendo caer los proyectiles sobre los lugares de la ciudad donde la resistencia era mayor.

Guerra en el camino de la historia

Dominada la Villa de Guernica, nuestro colaborador Milas Lastra, con la Plana Mayor de la compañía de carros de combate visita la Casa de Juntas en la que se encuentra el histórico árbol de las tradiciones vascas, simbolo de unidad

Guernica vuelve a ESPAÑA

GRAFICO DEL FRENTE DE BILBAO, POR DONDE TRIUNFANTES, AVANZAN LAS TROPAS ESPAÑOLAS

ESPAÑA

¡MALDICION!

TEAS...

Sí, las teas de la barbarie que al salir de Moscú prendieron los corazones de los que en España odiaron el fuego y hoy... hasta los ojos —centellas, que en las caras absurdas de los... hombres rojos queman las artes, los sueños de nuestros pasados polifacéticos que de los dioses aprendieron y con la mitología se inspiraron.

Da pena referir los nombres de las ciudades incendiadas y más que pena terror, el saber cómo nuestros pueblos-museos yacen en montón de pavesas, que el viento esparcerá como lágrimas vertidas por el corazón de la grandeza de España.

¡Guernica! Hasta ayer el último de los pueblos incendiados, le vimos desde lejos elevar en el espacio las chispas de lo que era paz, hogar y vida de miles de criaturas.

¡Guernica! Otra ciudad hoguera del siglo XX en España.

Según nos acercamos a tí, vemos con terror tusacuas, el calor que nos produce, es el azote a nuestras almas de españoles, de artistas, de poetas.

Sembráis el infierno de vuestra baja quimera. Quemáis lo que sólo pertenece a España y lo que reconstruiremos con nuestra gloria. Sois cadáveres monstruosos en la vida de vuestra muerte y sois muerte en vuestra vida; os matáis y moris sin historia —que no la deseáis porque no la conocéis y no la amais— sois alma de la tragedia que no encajó en vuestra raza.

¡Maldición! ¡Maldición!

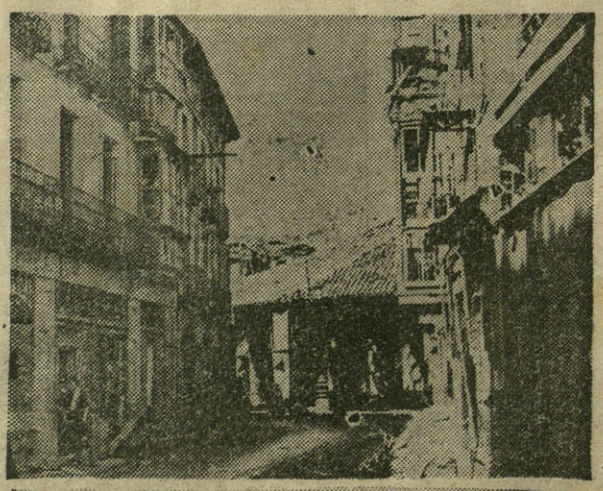
ENTRE LAS LLAMAS DE GUERNICA

Llegamos tras los que llegan haciendo con las armas huir al enemigo que después de dar fuego a los más preciosos edificios, se aleja dejando la trágica huella de su estancia.

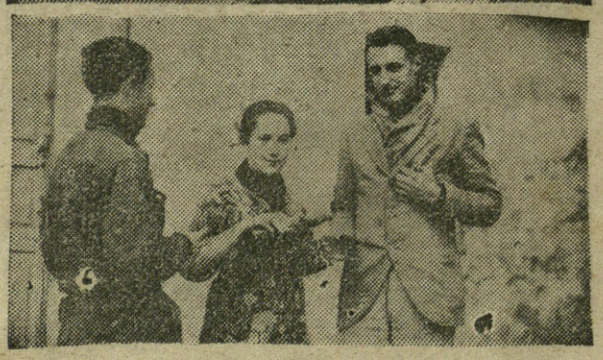
Arden varios edificios cuando entramos, y entre las llamas Guernica lanza su grito de auxilio a las tropas que la acaban de liberar.

Los soldados la auxilian tratando de extinguir el siniestro, pero de momento las llamas lamen las nubes, derruyen fachadas, destrozan imágenes, y en montón se apiñan los escombros.

El heróico General Mola vencedor del norte entra triunfalmente en Guernica.



Una calle de Guernica que como otras tantas de la ciudad sufrieron la barbarie ruso-separatista.



Dos evadidos del frente rojo saborean el blanco pan de España que hace tanto tiempo no probaban.

ROBOS DE CUADROS

Después de conversar con los excasos vecinos que burlando las amenazas y la vigilancia de los asesinos, han quedado, preguntamos si las joyas movibles han sido destrozadas, a lo que me contesta un señor diciendo:

—Lo que el transporte era factible, como varios cuadros, se los han llevado y lo que era de peso y gran dimensión lo han destrozado.

—¿Sólo se han llevado los cuadros? —pregunto al vasco que viviendo la tragedia de su pueblo llora de ira y de dolor.

—Hasta ahora no sabemos más que lo que ante nuestro ojos hemos visto salir, seguramente para no volver más.

Otro señor me dice que de las iglesias también se han llevado joyas de metal y mientras ésto me dicen,— un ruido tremendo nos estremece acudiendo después al lugar del ruido y comprobando que el fuego acababa de hundir una rancia casa de fachada artística de donde se había desprendido el escudo señorial; jerarquía de sus señores.

También ante este cuadro una mujer llora y maldice al enemigo.

—¿Es de usted la casa?—pregunto.

—No. A mí ya me han dejado buena. Me han robado cuanto tenía. Me han matado a un hijo y ya hace dos meses que he comido con lo que me daban algunas vecinas. Canallas...

Como desesperada repetía insultos, le pregunto para distraerla.

—¿Creen en la seguridad del triunfo?

—Claro. Les tienen engañados y ellos esperan que Rusia entera les ayude.

—¿Es que no les ayuda bastante?

—Por lo visto.

Y diciendo esto dos soldados llegan con tres jóvenes que han logrado poderse volver a pesar de llevarles amenazados.

—¿Qué síntomas presentan los miliicanos? —interrogo a los recién llegados.

—Pues no sé. Dicen que si no viene "aviasió" que se rinden, pero otros no quieren, quieren ganar lo que han perdido.

en el país VASCO

Las muchachas guerniquesas confraternizan con los soldados de España que han liberado a la histórica ciudad del horror marxista.

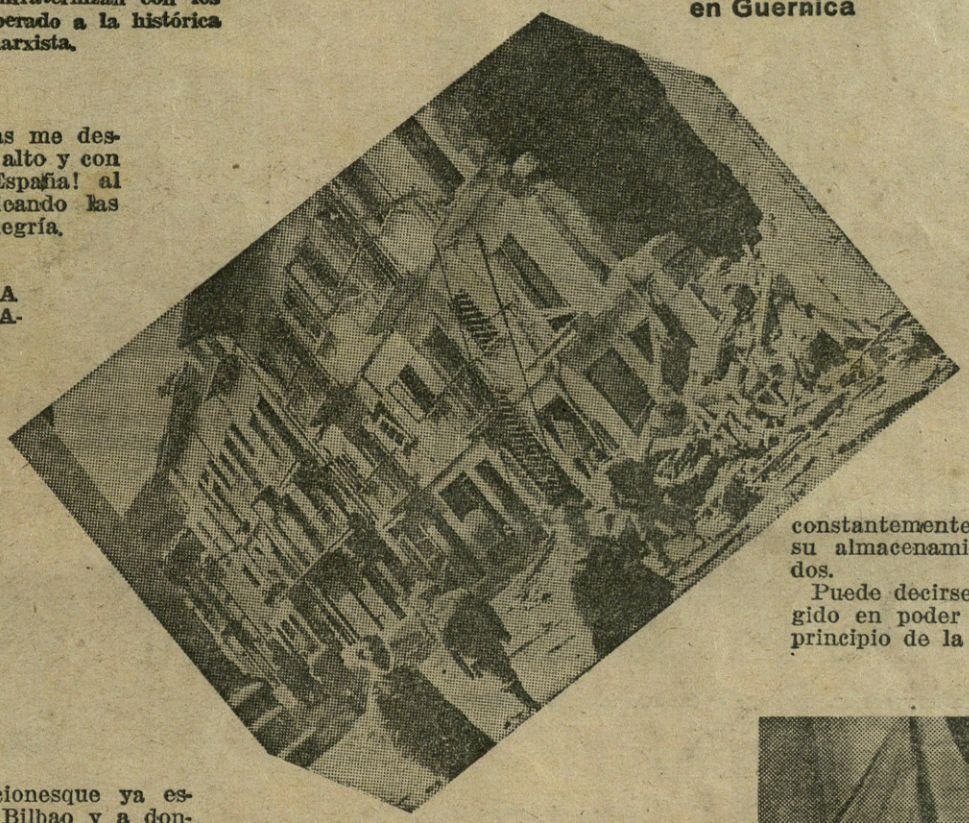
Y después de estas palabras me despido de los jóvenes, brazo en alto y con grito peculiar de ¡Arriba España! al que me contestaron masticando las erres de entusiasmo y de alegría.

LOS SOLDADOS DE ESPAÑA ADEMAS DE VENCER APAGAN LAS LLAMAS QUE LOS SIN DIOS PRENDIERON

Los soldados, incansables después del trabajo sublime del avanzar sobre el campo que para siempre conquistan, a su Patria, se suman voluntariosos para trabajar, evitando que las llamas sigan destruyendo, y unos con hachas y otros con picos, se abren brechas entre lo intacto y entre lo que arde, logrando el que el pueblo termine en un ascua.

Cuando de esto toma nota las fuerzas de nuestro ejército consolidan las posicionesque ya están a dos kilómetros hacia Bilbao y a donde iremos antes que los retaguardistas creen.

Ruinas y escombros en Guernica



EL ARBOL SIMBOLICO

He visto el árbol—célebre árbol que yo admiré como símbolo en la historia del pueblo— intacto, bajo el que después de soñar tantos y tantos enamorados, vieron soñar a generaciones sucedidas que envueltas en las caricias de su sombra, esperaron el sueño de las futuras sin pensar nunca en la tragedia que había de cruzar por el camino de su historia.

Dejo la ciudad y con ella el rescoldo de su infernal escena, y pensando en los pueblos que cómo este será inevitable el que las hordas de la masonería lo conviertan en brasero, pienso también en la juventud creadora que ha de construir las riquezas destruídas y las soñadas cuando la cruzada germinaba en nuestros corazones.

* * *

Pero de la bella e histórica ciudad de Guernica no quedan hoy sino poco más de un montón de escombros. Guernica era otro monumento de ruinas calcinadas a la bestialidad bolchevique. Eibar superó la destrucción de Irún, Gernica a la de Eibar; se ve que la barbarie roja procura perfeccionarse de día en día.

El martes, seguros los milicianos de que serían incapaces de defenderla, prendieron fuego a la ciudad por sus cuatro costados y al entrar nuestras tropas, Guernica se debatía en las últimas humaredas. Está destruído la mayor parte del caserío. Entre lo que se ha salvado figura el mencionado árbol de los fueros, la sala de Juntas y la iglesia parroquial.

* * *

Nuestras tropas, al entrar en el casco de la villa, encontraron varios incendios provocados por los rojos en su huída, que enseguida trataron de sofocarlos con los elementos que previsoramente llevaban nuestras fuerzas.

Con la ocupación de Guernica, cualquiera que observe el plano de esta zona vizcaína se dará cuenta de que a este centro afluyen todas las comunicaciones provinentes de la costa y del Este, y que al tomarse Guernica quedan cortadas todas las fuerzas enemigas que operan en el rectángulo formado por la ría de Guernica, la costa por la línea de Lequeitio-Marquina y la de Marquina-Guernica. Es de esperar, pues, que caiga en nuestras manos gran cantidad de prisioneros y muchísimo material de guerra, pues no es posible que los rojos hayan podido retirar en un plazo tan corto como el que ha transcurrido desde la caída de Marquina hasta la toma de Guernica.

Por otra parte, la toma de Durango nos ha proporcionado un importantísimo botín, pues los vascos marxistas habían acumulado en esta ciudad gran cantidad de elementos, que les ha sido imposible retirar.

Los servicios de recuperación de material y pertrechos de guerra no se dan minuto de descanso en recoger todo el material abandonado por el enemigo. Camiones y más camiones cargados de fusiles, ametralladoras y municiones llegan constantemente a los puntos designados para su almacenamiento, que ya están abarrotados.

Puede decirse que el botín que se lleva cogido en poder de los nacionalistas desde el principio de la campaña.

Nuestro colaborador Milas Lastra acude a hacer información a la casa de Junta de Guernica.

¡VICTORIA!

Grupo de soldados y falangistas de las fuerzas que reconquistaron la vieja ciudad vasca.

Un soldado de España junto a la yerja que protege el famoso árbol de Guernica que simboliza la tradición.

Los carros de combate nacionales hacen un alto en su camino triunfal en su marcha hacia Bilbao.

¿Sobre futuras operaciones? Para contestar a esta pregunta no hace falta ser muy lince y prever un vance rápido y decidido sobre Bilbao.

Una de las condiciones más sobresalientes del general Mola es su decisión y su manera rápida de actuar.

Seguramente no dejará al enemigo tiempo para reponerse, y como tantas veces hemos dicho, caerá sobre la capital vizcaína por donde menos lo esperen los marxistas.

Angel Alcázar de VELASCO

¡Arriba España!

Triste aspecto de Guernica en el momento de entrar las primeras tropas españolas; escombros, casas incendiadas un blindado rojo entre las ruinas.

Carlos Eugui Barriola

Fábrica de Alcoholes

y Licores

ACEITES PUROS DE OLIVA

Fábrica de Azúcar

EXPORTACION DE VINOS

PAMPLONA

COLEGIO

DE LA

Compañía de María

Para primera y segunda enseñanza

Se admiten internos y medio pensionistas

TUDELA (Navarra)

FABRICA DE MEDIAS

Y

CALCETINES DE PUNTO

DARIO PÉREZ, 5

Tel. 107-x

FABRICA DE CALZADO

SANDALIA "HISPANIA"

CALLE JARDINES

Teléfono 35

SUCESOR DE

Diez Hermanos y Compañía

Apartado de Correos 20

CALATAYUD

Gran Fábrica de Aguardientes,

Licores y Jarabes

COSECHEROS Y EXPORTADORES

DE VINOS FINOS

VICENTE, SORIA Y PEREZ

Especialidad: Anís Vencedor

CARIÑENA

FOTOS

En éste número:

MARCHA TRIUNFAL SOBRE BILBAO:
FIBAR en llamas

LA FALANGE VIGILA EN EL PIRINEO

dos grandes reportajes

30 cts